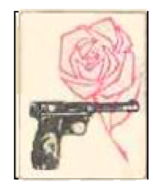


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Rendez vous para una espía

En la Central de la CIA se están recibiendo versos de amor dirigidos a la agente Baby. Junto con los últimos versos, su admirador secreto le manda un pasaje de avión y una flor, además de que los versos contienen una velada amenaza de hacer daño a muchas personas. Por supuesto, Brigitte se pone en camino para desentrañar ese misterio.



Lou Carrigan

Rendez-vous para una espía

Brigitte en acción - 156

ePub r1.0
Titivillus 22-03-2018

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—Señorita, han llegado las rosas.

Brigitte Montfort, envuelta en espuma de jabón color rosa dentro de la bañera, miró sonriente a Peggy, aunque un tanto sorprendida.

—Sí… Como cada día, Peggy. Ya sabes lo que tiene que hacer con ellas… ¿O no?

—Sí, señorita. Pero es que Simón quiere hablar con usted.

—¿Las ha traído personalmente Simón?

—Así es.

Por un instante, el ceño de la espía internacional se frunció, en gesto pensativo.

—Bien… Dile que termino de bañarme y me reúno con él en seguida. Dime una cosa: ¿está sonriente o serio?

—¿Quién? ¿Simón?

—Claro, mujer.

—Pues… Yo diría que no está ni serio ni sonriente.

—¿Inexpresivo, entonces?

—Sí… Sí, algo así.

—Malo —musitó la agente Baby—. Voy ahora mismo.

Peggy salió del fantástico cuarto de baño, y Brigitte se puso en pie en la bañera, abrió la ducha y en pocos segundos su cuerpo quedó libre de la rosada espuma. El gran espejo que ocupaba todo el lado izquierdo de la bañera reflejó una imagen que habría dejado sin aliento a cualquier hombre, y habría obligado a recuperarlo a una estatua. La sedosa piel dorada se tensó al recibir el agua fría, haciendo destacar aún más las bellísimas formas. Ni un solo instante, en aquel cuerpo que contenía una energía asombrosa, destacó un solo músculo. Era un cuerpo delicadamente femenino, de formas redondas y suaves. Un cuerpo de muñeca… que podía soportarlo todo.

En un par de minutos, la espía más peligrosa del mundo se secó, recogió los negros cabellos bajo una pequeña toalla que quedó a modo de turbante, y se puso un albornoz azul, casi del mismo color que los extraordinarios ojos. Metió los pies en unas zapatillas del mismo color, de rafia forrada, y salió del baño.

Segundos después, aparecía en el salón, donde Simón, el de la floristería donde la CIA tenía su cuartel general en Nueva York al mando de Charles Alan Pitzer, se puso en pie inmediatamente al verla.

—Buenos días, Simón —sonrió la divina.

—Buenos días. No hacía falta que se diera tanta prisa…

—Estaba terminando ya.

—Bueno… Bien, quizá no sea tan importante como Peggy le haya podido dar a entender…

—Peggy solamente me ha dicho que usted ni estaba serio ni sonriente. Y eso significa que está intentando disimular que está preocupado. ¿Cierto?

Brigitte se sentó en el sofá y Simón lo hizo a su lado.

—No es que esté preocupado… Vamos, quiero decir que todo esto es una tontería tan grande que…

—¿Qué es una tontería? ¿A qué se refiere?

—Se ha recibido otro… mensaje de amor para usted en la Central.

—¿Otros versos? —sonrió Brigitte, al parecer divertidísima.

—Sí… Otros versos. Nos los han enviado urgentemente a la floristería, para que se los entreguemos…

—Claro. Como siempre. Oh, un momento; iré a buscar los otros para no perder el ritmo. Perdóneme un instante, Simón.

Brigitte salió del salón y regresó poco después con una pequeña carpeta de color azul. Se sentó de nuevo junto a Simón, y de la carpeta sacó dos cuartillas escritas a mano por una sola cara. En cada cuartilla había solamente cuatro líneas, y Brigitte sonrió al releerlas.

—Es graciosísimo —dijo—. No tengo nada contra las personas que escriben versos, pero, caramba, al menos que lo hagan bien… Supongo que los últimos que han llegado son tan malos como éstos.

—Aproximadamente.

—¿Los recuerda? —rió por fin Brigitte—. En cierto modo, son

deliciosamente pueriles. Este es el primero que llegó a la Central para mí, Dice:

No hay amor como mi amor
y desde el cielo te envío
luna, estrellas, luz de sol
y entero el corazón mío.

—Sí —musitó Simón… Es delicioso.

—Desde luego, no creo que merezcan figurar en ningún libro de antología poética, pero tienen algo que los hacen simpáticos… Yo diría que están escritas por un niño.

—No creo —musitó Simón.

—¿Por qué no? Además, el sistema empleado, sin… complicaciones, para enviarlos a la Central, no puede ser más ingenuo y simple: una carta enviada a la CIA en Langley, y dentro de esa carta, un sobre para mí, es decir, para Baby. Ni siquiera se han tomado la molestia de ocultar la procedencia de las cartas… ¿La última también fue enviada desde San Juan de Puerto Rico?

—Sí, también. Y dentro de la carta, claro, el sobre que contiene los versos para Baby. Aquí lo tiene.

Simón entregó el sobre a la espía, ésta lo miró sonriente, y casi volvió a reír al ver junto a las palabras para entregar a Baby, el corazón ingenuamente dibujado, y atravesado por una flecha, que, naturalmente, se suponía disparada por el inefable dios del Amor, el jovencísimo Cupido.

—Es deliciosamente simpático todo esto, Simón… ¿No cree?

—No sé.

—Me pregunto cómo se puede amar a una persona que no se conoce. Sin embargo, mi adorador está firmemente dispuesto a demostrarme que me ama. Siempre con su encantadora ingenuidad, claro…

—¿No piensa abrir el sobre?

—Está abierto ya. En la CIA violan la correspondencia.

—Bueno, quiero decir sacar el papel…

—¿Por qué tanta prisa? Las cosas simpáticas hay que saborearlas lentamente. Hoy día, querido, ya no existe el romanticismo. Menos en mí desconocido enamorado, naturalmente. ¿Recuerda los versos

de la segunda carta? Escuche, escuche…

Están las flores en mayo
dando su aroma al amor
y ya que de amor por ti muero
quiero tu aroma de flor…

—Muy bonito —mascullò Simón.

—¿Bonito? ¡Es maravilloso! Naturalmente, si no fuese porque siempre tengo muchas cosas que hacer, ya habría ido a San Juan de Puerto Rico, a ver si conocía a mi enamorado. Debe ser una persona tierna, poética… Me pregunto qué le habrá impulsado a enviar versos a una espía.

—Quizá pronto lo sepamos.

—¿Sí?

—En cuanto lea los nuevos versos. Demonios, Baby, tiene usted una paciencia capaz de destrozar los nervios a cualquiera. ¡Abra de una vez la última carta!

—No sé por qué tiene tanta prisa si usted ya ha visto su contenido.

—Sí, pero quiero ver ahora su reacción.

—Ah… Bueno, pues voy a complacerle —alzó la solapa del sobre, metió dos deditos y sacó dos papeles; alzó las cejas, sorprendida en verdad al identificar uno de ellos—. Esto es un pasaje de avión, si no me equivoco.

—Para San Juan de Puerto Rico —asintió Simón.

—Sí, en efecto… Curioso. Me envía un pasaje de avión… y los versos, naturalmente. Veamos qué dicen…

Dañarte a ti no podría
pero a muchos mataré
si después de este mensaje
no te beso todavía…

Esta vez, Simón no hizo el menor comentario; miraba fijamente a Brigitte, la cual, a su vez, contemplaba fijamente los versos, todavía un poco atónita, como si no hubiera entendido bien. Los volvió a leer, sonrió secamente, y miró a Simón.

—Vaya… Parece que esto está tomando un giro inesperado, ¿no lo cree así, Simón?

—Sí. Diríase que la cosa está dejando de ser romántica para tomar derroteros insospechados… y poco tranquilizadores.

—¡Oh, vamos…! ¡Esto son tonterías!

—¿De veras piensa así? Bueno —suspiró Simón, visiblemente aliviado—, la cosa cambia, entonces.

—No sé si le comprendo.

—Pues nosotros hemos pensado que puesto que ahí se habla de matar a muchos, usted querría tomar cartas en el asunto, y por eso estábamos preocupados. Pero puesto que va a ignorar ese último mensaje…

—¿Ignorarlo?

—Eso ha dicho usted, ¿no?: que son tonterías.

—¿Y si no lo son?

—No lo sé, pero… no vamos a movilizar a Baby cada vez que alguien lance amenazas de muerte por esos mundos. No sabemos nada sobre esto: no quién envía los versos, o quiénes pueden morir… Yo creo que su decisión de ignorar estos últimos versos es la acertada.

—Seguramente. Además, no parece cosa fácil entrar en contacto con el poeta, ¿verdad? Por supuesto, no me conoce, así que aunque yo fuese ahora mismo a San Juan de Puerto Rico no podría reconocerme… ¿O sí?

Se quedó mirando atentamente a Simón, al captar el gesto de éste.

—Bueno… Todo sería posible, quizá…

—¿Me está ocultando algo, Simón?

—Pues…

—Vamos, vamos, no sea niño. Tengo edad suficiente para saber lo que conviene hacer en todo momento. Y quiero saber qué me está ocultando.

Simón farfulló algo, metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta, y sacó un papel de plata envolviendo algo. Entregó el pequeño paquete a Brigitte, mascullando:

—Esta vez, la carta era un paquete que contenía los versos, el pasaje de avión y eso.

Brigitte deshizo el pequeño envoltorio de plata, dejando al

descubierto una pequeña flor artificial, de azul oscuro, casi morado.

—Parece… un heliotropo, o algo así —susurró la espía—. Pero no comprendo lo que significa, aparte de que, naturalmente, servirá de señal para reconocerme a mi llegada a San Juan.

—¡Usted ha dicho que no piensa tomarse en serio esto!

—En serio, no, pero… No sé… Una flor para mi amor… A decir verdad, estoy intrigada. Y hasta preocupada: no me hace ninguna gracia que muchas personas puedan morir por no ir yo a San Juan a dar un beso a mi enamorado. Pero esto de la flor me trae malos recuerdos… Vaya, es una lástima que mi poeta enamorado haya complicado las cosas de este modo; empezaba a resultarme simpático.

—Puede ser una trampa —dijo Simón, innecesariamente.

—Lo sé.

—Entonces, no irá… ¿Verdad?

—¿Qué puedo perder si voy?

—Solamente la vida.

—Vamos, vamos… A estas alturas, no es ningún negocio rentable tenderle una trampa a Baby, Simón. Eso lo sabe cualquiera que se haya interesado por mí. Analicemos esto detenidamente, sosegadamente, demostrando que somos personas de gran criterio, formadas y adultas. ¿Qué opina usted que es todo el asunto, en definitiva?

—Yo opino que su poeta enamorado es un chiflado… o un canalla, que está tramando algo.

—Exactamente. Si es un chiflado, pobrecillo, permitiré que me dé un beso y así se tranquilizará. Quizá sea alguien que debido a sus relaciones con otras personas haya oído hablar de mí, y se le haya ocurrido que le gustaría conocerme…

—Eso no se le cree usted ni en sueños —masculló Simón—. Lo más probable es que sea un canalla que está tramando algo.

—Si es así, además de canalla es tonto, por quererme mezclar a mí en esto. Emm… Vuelva a la floristería, Simón, y envíe un mensaje mío a la Central para que, desde allí, lo envíen a San Juan de Puerto Rico, donde uno de nuestros compañeros deberá llevar cierto anuncio a todos los periódicos de la isla…

—¿Qué anuncio?

—Bueno… El adecuado, naturalmente. Yo creo ser persona de

gran imaginación, así que no puedo dejar pasar por alto este *rendez-vous* para una espía…

Capítulo II

Era un hombre guapísimo, hermosísimo.

Por lo menos medía un metro ochenta, estaba muy bronceado, sus hombros eran anchos, la cintura delgada y elástica, fuerte. Tenía una espléndida cabellera rubia, larga, ondulada; unos ojos sensacionalmente azules, risueños, amables, inteligentes; mentón saliente y sólido, boca firme, manos de artista.

Era tan, tan guapo, tan, tan hermoso, que todas las mujeres que iban llegando al Aeropuerto Internacional de San Juan lamentaban profundamente no ser ellas las elegidas. Cada una habría dado cualquier cosa por que aquel ramo de flores que tenía en una mano el bellísimo sujeto hubiera sido para ella.

Pero no.

El guapo caballero del ramo de flores apenas las miraba, realmente. Sólo miraba hacia el pecho de las damas, aunque evidentemente sin pecaminosos pensamientos de ninguna clase. Echaba una mirada, parecía defraudado, y su mirada pasaba a la siguiente mujer, luego a la otra, y a la siguiente después… El avión esperado había llegado ya, ciertamente, pero sin la persona que el bello caballero estaba esperando. Lo cual quería decir que, por una causa u otra, esa persona había perdido aquel avión. Pero, sin duda alguna, llegaría en breve a San Juan, pues de otro modo no habría ordenado poner el anuncio en los periódicos de la isla.

Un anuncio que habría sorprendido a muchas personas, no cabía duda, pero que había sido revelador para quien estaba esperando determinadas noticias.

El anuncio decía así:

Al Amor mi corazón
por fin se ha despertado,

y ya va al encuentro de él,
al encuentro de mi amado.
«Bebé».

Sí. Tenía que llegar. Sería en aquel avión que acababa de tomar tierra, o será en cualquiera de los siguientes, pero «Bebé» tenía que llegar, puesto que, finalmente, había aceptado conocer a su enamorado.

Y mientras esperaba que los pasajeros del último avión procedente de Estados Unidos saliesen a la sala de espera, el hombre guapísimo volvió a leer el anuncio en versos. Vamos, que no cabían dudas: «Bebé» tenía que llegar aquel mismo día, que, a fin de cuentas…

El hombre guapísimo quedó de pronto como petrificado. Sus azules ojos parpadearon con gesto de incredulidad, de pasmo, de admiración por fin.

¿Sería posible?

¿Sería posible que la persona que estaba esperando fuese aquélla? Tan admirado quedó, que tardó algunos segundos en reaccionar lo suficiente para acercarse a la muchacha de los grandiosos ojos azules y cuerpo de diosa, que salía en aquel momento de la sala de llegada, llevando por todo equipaje un precioso maletín rojo con florecillas azules. Llevaba una minifalda azul, zapatitos rojos de alto tacón y un jersey de fino hilo, escotado y sin mangas, de color rojo como los zapatitos…

Era una maravilla. Una MA-RA-VI-LLA, con letras mayúsculas y pronunciando despacio. Tanto, que en la sala exterior de espera hubo no pocos tropezones entre varios hombres que caminaban volviendo la cabeza, desorbitados los ojos. Una muñeca como aquella no podía tener igual en el mundo entero. Con aquellos ojazos, la piel dorada por el sol, aquellas piernas que dejaba al descubierto la minifalda.

En lo que nadie parecía reparar era en la flor que la preciosa, divina criatura llevaba prendida en el jersey, sobre el corazón: una pequeña flor de color morado, artificial, que parecía un heliotropo, o algo así.

Pero, por fin, el guapísimo hombre reparó en ella conscientemente y, entre dudas, se acercó a la muchacha. Debía

haber un error, claro. Sería demasiada suerte que ella fuese…

—¿Baby? —susurró, plantándose ante ella.

La divina criatura le miró, sonriendo dulcemente.

—Sí.

—Oh. Esto… Sí, bien… Bueno, estas flores son para usted.

—Gracias, mi amor —sonrió de nuevo Baby—. Has sido muy amable al venir a…

—Perdone —enrojeció el apuesto caballero—. Yo no soy su amor… Quiero decir que yo no… no soy quien la está esperando…

Ella miró a su alrededor.

—Pues no veo a nadie más que me esté esperando.

—Claro. Sí, bien, es que… Vaya, yo he venido a recogerla para llevarla junto a él… ¿Comprende?

—Desde luego. Lo siento de veras, porque es usted uno de los hombres más guapos que he conocido en mi vida.

—Yo también lo siento —murmuró el bello sujeto—. Daría la vida porque usted acudiese a una cita conmigo.

—No cobro tan caro —replicó con simpática ironía Brigitte—. Bien, si se ocupa de recoger mi equipaje podemos ir ya al coche. Estoy deseando…

—No iremos en coche. Pero me ocuparé de su equipaje… Por favor, tenga la bondad de esperarme aquí mismo.

—De acuerdo. ¿Cuál es su nombre, señor…?

—Lelé. Y le ruego que me tutee. En inglés no se notaría la diferencia, pero como estamos hablando en francés… Por cierto, lo habla usted divinamente.

—Gracias. ¿Y por qué estamos hablando en francés?

—Pues… me temo que yo he iniciado la conversación en ese idioma. Naturalmente, tenemos entendido que usted es norteamericana, pero he quedado tan… atontado que he tenido que hablar en mi idioma, sin darme cuenta. Por fortuna, usted debe hablar varios idiomas, claro.

—Algunos. ¿De verdad no escribió usted los versos que me llegaron por medio de la CIA?

—De verdad.

—Pues estaban escritos también en francés, Lelé.

—Sí. Es que… él también es francés.

—¿Y quién es él?

—Ya le conocerá.

—De acuerdo. No voy a insistirle, Lelé…

—Por favor, tutéeme.

—Oh, sí. Dime, Lelé: ¿qué quiere decir Lelé?

—Es un apodo.

—Ah. ¿Y cuál es tu nombre, entonces?

—Lelé.

Brigitte se quedó mirando, sonriente, al guapísimo Lelé. Encogió los hombros, sacó del maletín el resguardo del equipaje y lo entregó a Lelé, que partió rápidamente en su busca. Regresó pocos minutos después, cuando la divina espía internacional, de pie en el mismo sitio, fumando tranquilamente, era el centro de un amplio círculo de hombres que parecían estar allí por casualidad, pero cuyos ojos desorbitados no podían mirar a otro lado. Llevando una maleta en cada mano, Lelé emprendió la marcha, seguido por Baby, que había dejado de fumar y se dedicó, durante el recorrido, a oler las flores obsequio de Lelé. La pregunta latía en su mente con fuerza: si Lelé era sólo un enviado…, ¿cómo sería de guapo su enamorado?

—Supongo que está cansada de viajar en avión —dijo de pronto Lelé—, pero me temo que todavía tendrá que volar algo más, Baby.

—Me resignaré. ¿Vamos muy lejos?

—Bastante. Unos quinientos kilómetros.

—Un pequeño salto. Aprovecharé para echar una siestecita… si no te molesta, Lelé.

—¿No quiere saber a dónde vamos exactamente?

—¿Para qué? Sólo espero atenciones y mimos, así que lo mismo me da. Sería absurdo temer algo de mi enamorado, ¿no crees? Sólo espero que sea un lugar… encantador.

* * *

Era un lugar encantador.

—Baby.

La espía abrió inmediatamente los ojos, miró a Lelé, y éste señaló hacia abajo. En aquel momento, la avioneta que habían abordado en el mismo aeropuerto de San Juan sobrevolaba una zona de intenso verdor, por uno de cuyos lados refulgía el azul del mar, cada vez más oscuro y rojizo a la luz del sol poniente…

—¿Estamos llegando?

—Sí. Esta es la costa Oeste. Dentro de poco veremos unos llanos donde podremos tomar tierra. Allí nos estará esperando un coche, en el que iremos a nuestro destino final.

—Bien. ¿Dónde estamos?

—Creí que no le importaba.

Brigitte alzó las cejas, pero en gesto más bien impertinente que de censura hacia la respuesta de Lelé. Luego, miró su reloj, miró la altura del sol colocando un dedito en la línea del horizonte, hizo un breve cálculo mental y dijo:

—Martinica o Dominica. Más bien, Dominica.

—¿Cómo ha podido…? —exclamó Lelé.

—He dado la vuelta al mundo docenas de veces, Lelé. Por fuerza he tenido que aprender a situarme en él. ¿Es la isla Dominica, entonces?

—Sí. Estamos volando en dirección a Roseau, la capital. Muy pronto aterrizaremos.

—Estoy que no vivo de impaciencia.

Lelé la miró y sonrió. Nadie habría creído que Baby sentía la menor impaciencia. Y no sólo por el tono indiferente de su voz, sino por su actitud, absolutamente impávida, casi fría. Había abierto su maletín, del cual sacó un espejo, para mirarse especulativamente. De reojo, Lelé vio la pistolita de cachas de madreperla, pero no hizo comentario alguno. Toda su atención se centraba en los mandos de la avioneta blanca y roja que pilotaba.

La espía no se molestó en aplicarse polvos o cualquier potingue parecido. ¿Para qué? A decir verdad, los fabricantes de productos de belleza habrían ido a la ruina si todas las mujeres del mundo gastasen en sus pócimas lo mismo que la agente Baby, o sea, prácticamente nada. Cerró el maletín y miró hacia abajo, donde la espesa selva comenzaba a clarear cerca de la costa. Muy lejos, como borrosa, una mancha blanca, diminuta, señalaba la posición de Roseau.

—¿Iremos a la capital? —preguntó.

—No. Bastante cerca, pero no a la capital misma. Es una finca de recreo junto al mar.

—Mis lugares preferidos —sonrió secamente Brigitte—. Me encantan las villas y, sobre todo, me encanta el mar. Me gustaría

que me echasen a él cuando haya dejado de vivir —la avioneta bajó de morro bruscamente, y ella se apresuró a añadir, humorísticamente—: Lo cual me gustaría que fuese dentro de un par de siglos, Lelé. No tengo prisa.

—Tranquila —rió el guapísimo Lelé—, sólo me dispongo a tomar tierra.

—Pues recuérdame que si disponemos de tiempo te dé unas cuantas lecciones de aterrizaje.

Sonrieron los dos, y Lelé dedicó toda su atención, concentrada, al aterrizaje. La costa quedó atrás, apareció un llano de parda tierra detrás de la línea de cocoteros y, segundos después, tras un par de incómodos rebotes, la avioneta rodaba por el desigual terreno.

Lelé la condujo, dando botes, hasta cerca de un arbolado espeso, de modo que, cuando finalmente la detuvo, casi había quedado metida entre los árboles. La miró, alzó la mano derecha con el pulgar señalando hacia arriba, y sonrió.

—*Voilá.*

—Hemos llegado vivos —dijo Brigitte—. ¡Aleluya!

Riendo, Lelé abrió la carlinga, saltó a tierra, y luego fue a ayudar a Brigitte, que ya estaba en el suelo, mirando a todos lados, muy atenta. Tanto, que vio en seguida a los dos negros que aparecieron del interior del pequeño bosquecillo. Miró a Lelé, pero lo vio tranquilo, de modo que ni siquiera hizo el menor comentario. En pocos segundos, mientras Lelé descargaba las maletas, los dos negros llegaron ante ellos y, tras un instante de estupefacción al ver a tan bellísima muchacha, atendieron a la pregunta de Lelé.

—Sí —dijo uno de ellos—: el coche está en el camino.

—Pues hasta luego Ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¿Vamos, Baby?

Ella asintió con la cabeza y comenzó a cruzar el bosquecillo en pos de Lelé. Se volvió y vio a los dos negros arrastrando un gran fardo envuelto en lona color verde hacia la avioneta. Se detuvo y Lelé hizo lo mismo.

—¿Ocurre algo?

—No —dijo Brigitte—: quiero ver lo que hacen tus amigos.

—Solamente van a camuflar la avioneta con una red y ramas.

—Ah. Sigamos, entonces.

Tres minutos más tarde, llegaban a un estrecho camino, en el

cual había un viejo «Ford». Lelé abrió la portezuela a Brigitte, se puso al volante y el viaje de la espía internacional prosiguió, otra vez dando botes y más botes, dejando atrás una nube de polvo. Los arbustos estaban tan cerca del camino que de cuando en cuando una rama golpeaba el cristal del parabrisas.

Tardaron muy poco en llegar a un lugar verdaderamente encantador. Era una villa grande, llena de flores y de cocoteros, que se mecían a la suave brisa del Caribe. Destacaba, blanquísima, entre la vegetación de colores y el azul oscuro del mar, quizá con una ligera tonalidad rojiza, debido a la cercana puesta del sol. Aun lado había una bonita piscina de forma caprichosa, cuyas aguas eran tan azules que parecían teñidas. Delante de la piscina, una hermosa terraza llena de flores, entre las que destacaban los hibiscos, rojos y rosados. Por encima de ellos, en el sedante silencio de la tarde, se oyó el graznido de una solitaria gaviota, que volaba hacia la cercana playa.

—¿Y bien? —musitó Lelé.

—Podría ser un lugar para vivir toda la vida —murmuró la espía —. Muy adecuado para un *rendez-vous,* desde luego.

Lelé parpadeó. A Brigitte le pareció que tragaba saliva, impresionado por algo, casi asustado. Sin contestar, salió del coche, y se ocupó de las maletas. Señaló la terraza con la barbilla.

—Podemos entrar por aquí —dijo con voz algo ronca—. La llevaré a su habitación. Seguramente, querrá bañarse y cambiarse de ropa antes de verle.

—Estoy tan impaciente que no sé si podré soportar la espera. De todos modos, mi enamorado ha sido muy descortés al no salir a recibirme, ¿no te parece, Lelé?

—Quizá.

—Debe estar escribiéndome versos para leerlos esta noche… ¿Hay champán en la casa?

—No sé.

—Pues ocúpate de que no falte. Vamos: será absurda una *rendez-vous* sin champán, querido… No, no: el maletín siempre lo llevo yo.

Subieron los tres escalones de la terraza, la cruzaron y entraron en el gran salón, decorado con ligereza y elegancia, con tan buen gusto que Brigitte quedó sinceramente sorprendida y complacida. Todo era allí nuevo, ligero y alegre. Producía la sensación de que

jamás podía penetrar el intenso calor tropical. Había admirables cuadros de buenas firmas francesas, que parecían auténticos, libros de bella encuadernación, adornos florales, un bar curvado con tres taburetes rojos ante la barra. Era espacioso, limpio, alegre, perfecto, cómodo.

—Al lado está el salón rosa —musitó Lelé—: él la estará esperando allí hacia las ocho. Cuando usted oiga la música.

—¿Qué música?

Lelé farfulló algo que Brigitte no pudo entender, y siguió caminando, cargado con las maletas. Ella le siguió, hacia el vestíbulo. Miró a su derecha y vio la puerta de color rosa. Bien, allí tenía que ir cuando oyese, la música. Lelé subía ya la blanca escalinata, hacia el piso superior, donde estaban los dormitorios. Cuando se reunió con él, Lelé había abierto ya una puerta y Brigitte entró en primer lugar.

El dormitorio era una auténtica maravilla de color rosa; todo tenía allí esta tonalidad, de suave transparencia, como hecha del más exótico nácar. La cama, el armario, la puerta del cuarto de baño, las cortinas. Entró en el baño, y quedó boquiabierta al ver la preciosa bañera de mármol color rosa, circular. Había una ventana que daba al mar, y afuera se veían flores de todos los colores.

La espía salió del cuarto de baño, todavía atónita.

—Lelé, dile a mi…

Calló bruscamente. Lelé ya no estaba allí. Las maletas habían sido colocadas en un banco cerca del armario, la puerta del dormitorio estaba cerrada. Frunció el ceño, la espía fue hacia allí, movió el pomo y tiró de él, la puerta se abrió, eso fue todo.

A la izquierda de la cama había un gran ventanal, que daba a una terraza también llena de flores y plantas. Desde ella, durante un par de minutos, Brigitte estuvo contemplando el mar, los jardines, la piscina de forma caprichosa, cuyas aguas eran de tan intenso tono azul…

Una muequecita un tanto dura apareció en los sonrosados labios de la más peligrosa espía del mundo. ¿Otro paraíso? La idea no le gustó demasiado. Sobre todo, teniendo en cuenta que su enamorado no sabía antes de enviarle los versos sí ella era bonita o fea. Lo que sí sabía positivamente era su condición de espía internacional. Con lo que la idea del romanticismo había que descartarla. Sí; aquello

sólo podía ser para Baby la espía, fuese bonita o fea. En resumen: ¿qué circunstancia de sabotaje, espionaje, o similar latía en tan idílico lugar?

Entró de nuevo en el dormitorio, se desnudó, y segundos después se metía en la bañera para disfrutar largamente de un baño tibio que la aliviase del ligero cansancio del viaje. Como siempre, una ducha fría puso fin al baño. Se secó bien, recogió los cabellos hacia la nuca, sujetándolos con una cinta de terciopelo azul, y se tendió en la cama, cerrando los ojos, relajándose completamente.

Los abrió muchísimo, de golpe, cuando comenzó a oírse la música en el dormitorio. Una música suavísima, romántica, tierna, dulce, maravillosa. De violines. Más recuerdos para la espía, que sonrió levemente. De todos modos, aquella música de violines que estaba oyendo ahora, jamás sería como la que ella amaba.

En la ventana solamente quedaba una luz celeste y morada, de día que está terminando, ya toda prisa, con la brusquedad de los trópicos.

Se sentó en la cama, esperó unos segundos escuchando la música desconocida, y luego fue al armario. Se puso un ligero vestidito de color negro, de modo que su dorada piel destacó como oro en un estuche. Se calzó, abrió el maletín y estuvo vacilando unos segundos, contemplando la pistolita.

—No.

No la iba a llevar.

Por fin, salió del cuarto, bajó al vestíbulo, se dirigió a la puerta de color rosa, la abrió y entró.

Capítulo III

—¡Al fin has venido! —exclamó una chillona voz—. ¡Ven a mis brazos!

La mirada de Brigitte fue rápidamente hacia el lugar de donde provenía la voz y vio al hombre, entado en un sillón de cara a la puerta, con los brazos abiertos, el busto inclinado hacia delante.

Casi respingando, la espía miró a todos lados, desentendiéndose inmediatamente del personaje. Estaba en un salón tan grande como el que había cruzado ella y Lelé para entrar en la casa, sólo que decorado de modo muy distinto. Allí, los muebles eran grandes, pesados, sombríos. No había bar, la biblioteca era de madera oscura, los libros se veían polvorientos, los sillones y el sofá eran enormes, con pesados flecos de terciopelo que llegaban hasta el suelo y las cortinas, que estaban corridas, eran de color granate, pesadísimas. Entre los dos sillones y el sofá había una mesa redonda, que parecía de vieja caoba, y cerca una lámpara de pie, grande, anticuada, de pantalla que absorbía la mayor parte de la luz.

Era un lugar deprimente.

Pero había algo que daba un giro insospechado a la situación. Algo asombroso en verdad, y de lo cual, naturalmente, se había dado cuenta en seguida. Pero era tan difícil de creer que decidió acercarse al personaje para convencerse.

En efecto.

No era una persona.

Era un muñeco.

Un bello y al mismo tiempo grotesco muñeco de plástico blando.

Tenía los ojos oscuros y grandes, las facciones correctas, era de buena estatura, complexión atlética. Sus cabellos simulados aparecían bien recortados, peinados con raya casi en medio de la redonda y bien proporcionada cabeza. Vestido de *smoking,* con

elegancia, pero seguía resultando, además de bello, grotesco… y hasta no poco siniestro.

Brigitte se acercó más y tocó una de aquellas manos tendidas hacia ella, que era blanda y fría. Naturalmente, el muñeco no se movió, permaneciendo sus ojos de cristal fijos en la nada. Por fin, sonriendo secamente, la divina espía apretó aquella mano, en cordial saludo, agitándola con cuidado.

—¿Cómo estás, amor? —se interesó.

—Perfectamente, gracias —replicó el muñeco, siempre en francés, con voz un poco menos chillona—. ¿No quieres sentarte?

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Jacques.

Brigitte se sentó en el sofá, delante del muñeco, mirándolo con regocijo.

—¿Sabes, Jacques, querido?: eres muy descortés.

—¿Por qué? —se interesó Jacques.

—Imagino que cualquier caballero educado se habría puesto en pie al recibir a una dama. Especialmente, cuando se piensa tener un idilio romántico con ella, un… *rendez-vous*.

—Oh, sí… de veras lo siento, querida. Pero tendrás que perdonarme: últimamente mis miembros se niegan a obedecerme.

—Es posible que sea un poco de artritis —sugirió ella.

De la boca del muñeco brotó una risita, y también Brigitte sonrió. Encendió un cigarrillo y su mirada fue hacia la mesa redonda, donde en un cubo de plata deslucido se veía una botella de champán con hielo. Junto a la botella, dos copas. La espía alzó un poco la botella, miró la marca y frunció el ceño.

—No es mi marca preferida, Jacques.

—De veras lo siento. ¿Cuál es tu marca preferida?

—Perignon 55. Con guindas.

—Lo tendré presente para otra ocasión.

—Así lo espero de tu amabilidad. ¿A qué hora cenaremos?

—Yo no tengo apetito —dijo Jacques—. Pero en la cocina encontrarás cuanto necesites para calmar el tuyo.

—¡Cómo! ¿Te has atrevido a invitarme sin disponer de criados que me sirvan? Yo no estoy acostumbrada a esas cosas, Jacques, querido. Soy una persona… refinada, y hasta diría que un poco exigente.

—Tendrás que perdonarme: vivo solo en la casa.

—Ya.

—Puedes beber champán, si lo deseas.

El ceño de Brigitte se frunció.

—¿Antes de cenar?

—Yo opino que debiéramos despojarnos de todo convencionalismo, querida.

—Buena idea. Así que me serviré un poco de champán… Es una lástima que al menos no tengas guindas.

Se sirvió una copa, bebió un sorbito, mirando a su alrededor especulativamente, con cierta sonrisa sarcástica. Había lanzas y machetes en las paredes, pieles de cabra y caparazones de langostas. Horrible. Sencillamente horrible. Era, ciertamente, como un mundo aparte del que había visto hasta entonces.

—¿Cómo fue el viaje? —se interesó Jacques.

—Cansado, pero bien. Lelé es un muchacho simpático. Y muy guapo —la divina volvió a sonreír, alzando la copa—. Casi tan guapo como tú, amor mío. ¿Quién es Lelé?

—¿Lelé? Oh, bueno… Digamos que es… un paje imaginario que siempre me sirve bien… Observo que tienes una gran imaginación.

—No la suficiente para escribir novelas. Y me gustaría… Pero, dada mi clase de vida, yo sólo puedo escribir realidades. Y como dicen los novelistas, precisamente las realidades son siempre más asombrosas que las fantasías… ¿No quieres una copa, amor?

—Preferiría no beber nada esta noche.

—Malo —sonrió solícitamente Brigitte—. Eso puede indicar algo de acidez, quizá dispepsia… Hasta es posible que tengas principio de úlcera estomacal, y por eso, instintivamente, rechazas el champán. Deberías visitar a un médico, querido.

De nuevo brotó la risa de la boca del muñeco de plástico, que seguía con los brazos tendidos hacia delante, incorporado en el asiento, dando la bienvenida. En verdad, era poco probable que Jacques se moviese.

—Agradezco tu interés por mi salud, pero te aseguro que es buena. Ni tengo artritis, ni dispepsia, ni nada de eso.

—¡No sabes cuánto me alegro! Dime una cosa: ¿por qué ha cesado la música?

—Pensé que para conversar cualquier otro sonido estorbaría.

—No, no, no, mi amor… La música jamás estorba. Por favor, cuando yo chasque dos deditos, quisiera oír música otra vez. ¿Sí?

Chascó dos deditos y, en el acto, la música romántica volvió a oírse en el salón rosa… que no tenía de rosa más que la puerta pintada de este color por el exterior. Debería haberse llamado salón mausoleo.

—Perfecto —musitó Brigitte, acomodándose en el sofá provocativamente—. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que la música predispone al amor. ¿No lo crees así, Jacques?

—Por supuesto.

—Y es un fondo delicioso para escuchar versos de amor… ¿No tienen ninguno más para dedicarme?

—Bien… Francamente, sí. Pero me parecía que no querrías escucharlos.

—¿Por qué? —se asombró Brigitte—. ¡Pero si son encantadores!

—Gracias… Por favor, dime si te gustan éstos:

Hay luz de amor en tus pupilas,
amor, amor, amada mía;
hay dulzura en tu mirada
de azules aguas tranquilas.

La espía internacional lanzó un gritito de placer y comenzó a aplaudir graciosamente, como una niña alborozada.

—¡Maravillosos! —exclamó—. ¡Más, más, te lo suplico!

—Bien… No quisiera abusar, por esta noche, pero ya que te empeñas…

Queda el mundo yerto y frío,
queda el mundo frío y yerto,
y quedo yo triste, muerto…
¡Se ha marchado el amor mío!

—¡Oh! —musitó Brigitte—. Éstos ya no me gustan tanto, amor. Son más tristes. Y, además, yo no me he marchado… aún.

—Pero querrás marcharte algún día.

—Es posible. Depende de la calidad del amor que sepas darme. Pero volviendo a los versos, Jacques: ¿sabes que no me gustaron

nada los últimos que enviaste a la CIA para mí? De modo que he decidido complacerte, a fin de que no mates a muchos… ni a pocos.

—¿Y cómo vas a complacerme?

Brigitte recitó:

Dañarte a ti no podría
pero a muchos mataré
si después de este mensaje
no te beso todavía…

—¿Los he recitado bien? —inquirió.

—Desde luego.

—Pues me alegro. Así que, bésame, querido Jacques, y así no tendrás que matar a muchos. Estoy a tu disposición.

—No estoy seguro de que me apetezca besarte esta noche.

—¡Cómo! Pero… ¿qué clase de enamorado eres tú? ¡Hago un largo viaje para que me beses, y dices que no estás seguro de desearlo! ¡Vamos, vamos, formalidad, querido! Mmm… ¿Quizá se abriría tu… apetito si fuese a ponerme una indumentaria más… adecuada a estos momentos de amor? He traído verdaderas monerías de la Quinta Avenida de Nueva York. Adquirí especialmente una camisita color escarlata que es para volverse loco… Al menos, eso me dijeron en la *boutique*. Bueno: ¿me besas o no?

—En otro momento, querida.

—Ah, no… Un trato es un trato. Yo no he venido aquí para perder el tiempo, amor. He venido para salvar la vida a muchos y para gozar de tu encendido amor romántico. Para que no haya dudas, lo cumpliré hasta el final: yo creo que lo mismo da que uno viaje hacia las estrellas o que las estrellas viajen hacia uno… En este caso, una estrella viaja hacia ti, mi amor.

Brigitte se incorporó, se acercó al muñeco, y lo besó en la boca, sin prisas, amablemente. Luego, tras darle una palmadita cariñosa en una mejilla, fue a sentarse nuevamente, bebió un sorbito de champán, y finalmente dijo:

—Pacto cumplido. Ahora, querido, yo me enfadaría muchísimo si tú no cumplieses tu parte. Recuerda: ya no debes matar a nadie. Y puesto que hemos aclarado este interesante punto, vamos ya al

asunto: ¿qué deseas exactamente de mí?

—Tu amor.

Brigitte alzó las cejas, pero decidió simultáneamente que no tenía por qué irritarse.

—Ya lo tienes, te lo aseguro. ¿Qué más?

—Nada más.

—Vamos, vamos… No me gusta perder la paciencia, Jacques. ¿Qué necesitas de Baby?

—Amor y nada más.

—Muy bien —suspiró Brigitte—. En tal caso, te estaré esperando en mi dormitorio. Y no es necesario que pidas permiso para entrar. ¿Quieres que te traiga algo para cenar?

—No, gracias.

—Yo iré a la cocina a comer algo. ¿Te molesta que me lleve el champán?

—Por supuesto que no.

—Agradecida.

Se puso en pie, alargó la mano hacia el cubo, pero, de pronto, cambió de idea. Se acercó a Jacques, y se inclinó, para mirar sus ojos. No. La cámara de televisión no estaba dentro de la cabeza utilizando los ojos como objetivos. De modo que quizá una cámara, quizá dos, estaban en aquel salón, llevando sus imágenes a algún lugar donde se escondía la persona que manejaba el muñeco. No sentía el menor interés por encontrar la cámara de televisión, pues todo aquello ya era para ella juego de niños. Todo lo que hizo fue mirar alrededor de Jacques, en busca de algún hilo.

Pero no había hilo alguno, de modo que la conclusión no podía ser más sencilla. Examinó la cabeza de Jacques, hasta encontrar la fina ranura a la altura de la parte superior de las orejas. Asió la parte superior de la cabeza y la desenroscó cuidadosamente.

Okay.

En efecto. Allí estaba el pequeño pero potente y perfecto radiotransmisor, por medio del cual alguien había estado conversando con ella, muy probablemente la contemplaba por medio de una pantalla de televisión.

Volvió a colocar la parte superior de la cabeza, enroscándola, siempre con todo cuidado.

—Perdona que te haya despeinado, amor —sonrió—. ¡Oh! ¡Me

sentiría muy triste si te hubiese provocado dolor de cabeza…!

—Eres muy amable —replicó Jacques—. Estoy bien, te lo aseguro.

—Me alegro —Brigitte le echó a la cara el humo del cigarrillo, apagó éste en un gran cenicero de cristal, y su voz cambió ligeramente de tono—. Ahora, escúchame bien, Jacques: si mañana al mediodía no me has dicho para qué me has hecho venir aquí, regresaré a Estados Unidos. ¿Entendido?

Jacques no contestó. La espía encogió los hombros y, con el cubo que contenía la botella de champán en una mano, se dirigió hacia la puerta. Salió de aquel salón rosa de nombre tan poco adecuado, y fue hacia la cocina directamente, por instinto. Podía pasar sin comer varios días, cierto, pero… sólo cuando era necesario. Era una tontería pasar hambre disponiendo de comida. Empujó la puerta de la cocina, entró, y dio la luz.

La única explicación de que no lanzase un grito de terror sólo podía estar en los muchos peligros que había corrido en su vida. Pero se quedó inmóvil, helada de espanto, casi paralizado el corazón, al ver al enorme jaguar plantado ante ella, muy cerca de la puerta. Los verdosos ojos del felino parecieron entornarse pérfidamente cuando abrió su espantosa boca provista de largos colmillos, para lanzar un rugido que hizo vibrar los cristales de la casa.

Baby permaneció inmóvil. No sólo de miedo, sino porque sabía que en cuanto realizara un movimiento brusco, el animal saltaría sobre ella, aplastándola contra la puerta con su peso, clavando sus garras en su cuerpo, hundiendo los colmillos larguísimos en su garganta…

Durante unos segundos, siempre paralizada por el miedo, estuvo mirando aquellos verdosos ojos, vislumbrando al mismo tiempo las sacudidas de la cola del jaguar, que volvió a rugir, con menos fuerza esta vez. Tenía una cabeza enorme, y sus fauces eran sencillamente estremecedoras. Un bellísimo animal, capaz de destrozar en un par de segundos a un ser humano.

—Tranquilo —susurró Brigitte—. Tranquilo… No seas malo, chiquitín… Vamos, apártate… Obedece… No seas malo… Atrás… Atrás, gatito, atrás…

El jaguar emitió un rugidito casi simpático, dio la vuelta, y se

colocó delante del enorme frigorífico, volviendo la cabeza hacia Brigitte, que estaba calculando sus muchas posibilidades actuales de salir de la cocina cerrando la puerta tras ella. Pero el jaguar volvió a emitir un rugidito y su zarpa derecha se alzó, tocando la puerta del frigorífico. Luego volvió a mirar a Brigitte, ladeando la cabezota, como en un gesto amable.

—Hay… ¿Hay algo tuyo ahí dentro, gatito?

Por un instante, pensó que sólo estando loca podía quedarse allí con el jaguar en lugar de salir de la cocina como un rayo. Pero de pronto, fue hacia el frigorífico, el jaguar se apartó y ella abrió la puerta. Abajo, vio el gran recipiente de barro, con grandes trozos de carne cruda. Lo sacó, lo llevó a un rincón de la cocina y lo depositó en el suelo. Miró al felino, que a su vez la miraba a ella, fijamente.

—*Allons?* —sonrió la espía—. *Ca va, mon petit… Mangez*!

Inmediatamente, el enorme jaguar se acercó a la carne, se apresuró a sacar un gran trozo con los tremendos colmillos, y se tendió de panza junto al recipiente. Los chasquidos de sus fauces hicieron sonreír a Brigitte, cuya circulación sanguínea comenzaba a ser normal en velocidad y calor.

—*Tu as d'apetit, mon chéri? Je aussi, moi. Tu comprends?*

El jaguar podía o no podía comprender que ella también tuviera apetito, pero, ciertamente, se mostró tolerante: dedicó toda su atención a la comida, mientras Brigitte hacía lo mismo, tras seleccionarla en el refrigerador.

Eres un gatito lindo —dijo al terminar—, pero supongo que no querrás champán. Yo sí voy a tomar otra copita. Deberían enseñarte buenos modales, querido… *Tu sais*? No se hace ruido comiendo. Y sobre todo, antes presentarse ante una dama, se pide permiso. Si yo hubiese estado armada, o tú o yo estaríamos muertos ahora, *mon petit. Et bien? Voilá, je vais á dormir… Bon soir*!

El jaguar la miró, emitió un pequeñísimo rugidito de satisfacción, se pasó por los bigotes la enorme lengua sonrosada, y volvió a hincar los dientes en la carne. Brigitte sonrió, salió de la cocina, y subió a su dormitorio.

Encendió la luz, miró a la cama, y respingó, de nuevo sobresaltada. Allí, tendido, cubierto por la sábana, estaba Jacques, con su mirada difuminándose en el techo. Se acercó a la cama, y se quedó contemplando el muñeco, con expresión graciosamente

irritada.

—¿Sabes, mi amor? —dijo—. Eres de una desconsideración tremenda.

—¿Por qué? —dijo Jacques—. ¿Acaso no has dicho tú misma que esto es un *rendez-vous*?

—Ciertamente. Pero, querido, para acostarse, es mejor hacerlo en pijama que en *smoking*. Resultas demasiado grotesco, así.

—¿Entiendo que no quieres dormir conmigo?

—Oh, sí… ¡Por supuesto que sí! Eres encantador, de veras. Pero sigues siendo desconsiderado en otro punto: a mí me gusta dormir precisamente en el lado de la cama en que estás tú… Podías haberme preguntado, ¿no te parece?

—Perdona. Estoy tan cansado que no pensé en ello.

—Y supongo que tu cansancio te impide moverte ahora. Bien: yo lo haré.

Desplazó al muñeco al otro lado de la cama, le subió la sábana hasta la barbilla y le dio un besito en la boca.

—Te aseguro que esta vez va a ser una noche inolvidable en mi vida, Jacques, querido. ¡Qué gran noche de amor! ¡Apuesto a que nadie me creerá cuando lo cuente!

Se apartó de la cama, riendo, y fue al cuarto de baño. Se limpió los dientes, se aseó, salió del cuarto de baño y de una de sus maletas sacó un libro, que tiró sobre la cama.

—¿Vas a leer? —preguntó Jacques.

—Pues… Vamos, no creo que pueda hacer otra cosa, querido. Como estás tan cansado…

Volvió a reír, sacando del armario una camisita de dormir que era, en efecto, una monería. Comenzó a quitarse el vestido, pero, de pronto, se detuvo, para mirar a todos lados del dormitorio. Con seguridad, también allí algún objetivo que estaba captando sus imágenes y llevándolas a… ¿a dónde? Encogió los hombros, se desnudó, y se puso la camisita. Por supuesto, había notado ya la ausencia de su maletín rojo con florecillas azules, pero no quería darle a Jacques la satisfacción de preguntar por él. Se lo habían quitado, de modo que estaba completamente desarmada. Eso era todo.

Volvió junto a la cama y miró con reproche a Jacques.

—¿Mi belleza no merece siquiera un comentario amable,

querido? Francamente, empiezo a sentirme molesta por tus continuas faltas de descortesía.

—Eres muy hermosa —susurró Jacques.

—¿Así de sencillo? ¿Sin superlativos ni frases de admiración…? Oh, vamos… Lo menos que podrías hacer es dedicarme unos nuevos versos, amor.

—Espero… tenerlos listos para mañana.

—*Okay* —sonrió Brigitte—. ¿Quieres que lea en voz alta, o prefieres dormir?

—Prefiero dormir —dijo el muñeco tendido junto a ella, en *smoking*—. Y tú deberías hacer lo mismo.

—¿A las diez de la noche? ¡Vamos…! A esta hora es cuando empiezo yo a estar dispuesta a todo. A todo. Pero, si insistes en que estás cansado…

Encogió despectivamente los hombros, se metió por fin bajo la sábana y tomó el libro.

—¿No te gustaría saber lo que estoy leyendo? —preguntó.

—¿Qué lees?

—Se titula «Los siete pecados capitales en USA». Es de un autor español, al que debí prestar atención mucho antes… Pero, en fin, siempre se está a tiempo de rectificar.

—¿De qué trata el libro?

—Pues, querido, es obvio: de los siete pecados capitales… Por cierto, este autor hace unas observaciones verdaderamente simpáticas sobre la lujuria en Estados Unidos… Me he reído bastante. Al parecer, tiene un fino sentido de observación. Mmm… No sé si tendrá escrito algo parecido sobre los pecados capitales en Francia. Te aseguro que no pienso perdérmelo… Tú eres francés, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no se nota —rió la divina; rió aún más alegremente, más divertida—. ¡Supongo que si fueses español o italiano yo sí tendría… noticias de ello! En fin, vamos a leer… Oh, ¿te molesta la luz?

—No.

—Gracias. Que duermas bien, amor…

Comenzó a leer, tranquilamente, con la misma naturalidad que se estuviese en su apartamento de la Quinta Avenida neoyorquina.

De cuando en cuando, sonreía, lo cual era un premio considerable para el autor del libro. De pronto, alzó la cabeza y miró hacia la puerta, que se estaba abriendo lentamente. Cuando hubo espacio suficiente, la cabeza del enorme jaguar asomó entre la puerta y el marco, y los verdes ojos del felino se clavaron inmediatamente en Brigitte, que chascó dos deditos.

—¡Hola! Ven… Ven aquí, chiquitín… Oh, Jacques; ¿cómo se llama el gatito de la cocina?

—*Caribe*.

—Qué nombre tan precioso… *Caribe*, ven… Ven, rico… Dime: ¿has cenado bien?

El enorme jaguar se fue acercando, lentamente. Pasó al otro lado de la cama, olisqueó a Jacques, y, al parecer algo desconcertado, alzó una zarpa y la puso en el rostro de plástico…

—No seas malo —reprendió Brigitte—. Tienes unas uñas muy grandes, y podrías lastimar a mi amado Jacques Vamos, quita esa manita de ahí… ¡Quítala! Eso es… Ven… Ven, gatito…

El jaguar subió a la cama, que crujió bajo el imponente peso. Caminó por ella, acercándose a Brigitte, hasta que su formidable boca quedó a una pulgada del rostro de la espía. Durante unos segundos, el felino estuvo oliendo a la mujer, evidentemente interesado. Luego, emitió una especie de maullido, bajó de la cama, y se tendió en la alfombra.

—¿No es encantador? —exclamó Brigitte—. ¡Qué animalito tan obediente y simpático! Te aseguro que he tenido pequeños contratiempos con animalitos de esta clase, pero éste es definitivamente encantador. Supongo que te costó bastante amaestrarlo… A menos que lo tengas desde que era un cachorrito, claro. ¿Es así, Jacques…? ¡Jacques!

—Duerme —gruñó el muñeco—. Y déjame dormir.

—Eres un grosero —sonrió secamente la más peligrosa espía del mundo—. ¡Pues vaya una birria de *rendez-vous*!

Capítulo IV

Despertó de pronto y se sentó velozmente en la cama. Junto a ella, en la alfombra, *Caribe* volvió a rugir y se incorporó. En la oscuridad de la habitación, disipada levemente por el resplandor de la luna afuera, Brigitte distinguió la silueta del animal, y sus nerviosos movimientos de cola.

—¿Qué pasa? —susurró—. ¿Qué te ocurre, mon petit?

El jaguar volvió a rugir. Se movió nerviosamente, describiendo un círculo y en cierto momento, sus ojos relucieron como fuego verde en la oscuridad, con una perversidad aterradora.

—Cálmate —musitó Brigitte—. No pasa nada… Tranquilo… Tranquilo, gatito…

Caribe lanzó otro rugido, aún más potente, lanzó un par de zarpazos al aire y, de pronto, se abalanzó hacía la abierta puerta-ventana que daba a la terraza. Salió a ésta y Brigitte todavía lo vio saltando poderosamente la baranda de piedra, para desaparecer en la oscuridad; por supuesto, un salto de tres o cuatro metros no era nada para el jaguar.

Un suave sonido llegó pronto, por fin, a los finos oídos de la espía internacional, que comprendió que, antes que ella, los había captado *Caribe*… Y el animal tenía razón para sentirse inquieto. Era un sonido extraño, como de un lamento agudo proferido por alguien que estaba sufriendo enormemente.

Brigitte alargó un brazo, accionó el conmutador de la lamparilla de noche, pero la luz no se encendió. Insistió, sin conseguir resultado alguno. Y de pronto, aquel lamento se convirtió en un alarido terrible, que le puso los pelos de punta. Salió de la cama de un salto, corrió hacia el interruptor de la luz del dormitorio y lo apretó. Nada. Al parecer, la casa se había quedado sin corriente eléctrica.

Abrió la puerta, salió al pasillo, y oyó entonces, por toda la casa,

aquel lamento, de nuevo seguido de otro alarido de terror absoluto.

Cerró la puerta, volvió a la cama y tocó el rostro del muñeco.

—Vamos, Jacques —refunfuñó—: déjate de tonterías…

De pronto comenzó a oír crepitar de fuego, y volvió a salir de la cama de un salto, para tranquilizarse en seguida. Al crepitar del fuego siguieron unos chirridos metálicos, de nuevo unos alaridos, silbidos que parecían de serpientes y, finalmente, unas carcajadas siniestras, espeluznantes, que parecieron estar rebotando de pared en pared durante quince o veinte segundos.

Y de pronto, de nuevo el silencio más absoluto.

—¿Qué idioteces son estas? —preguntó Baby, en voz alta. ¿Puedo saber qué pretendes con ellas, Jacques? Te advierto que para asustarme a mí necesitas mucho más que una grabación estúpida… ¿Por qué no me dices de una vez qué esperas de mí y terminamos con esta absurda situación? Si mañana al mediodía…

Volvió a oírse el alarido, fuertemente. Y los chirridos metálicos, los silbidos de serpientes, graznidos, truenos formidables, carcajadas siniestras.

Verdaderamente enfurruñada, Brigitte fue al cuarto de baño, encontró a tientas el armario y sacó algodón. Hizo dos prietas bolas y se las puso en los oídos, apretando con fuerza. Todos aquellos sonidos estremecedores continuaban oyéndose, no demasiado amortiguados por las bolas de algodón. La espía encendió un cigarrillo y fue a sentarse en el borde de la cama.

—¿Quieres un cigarrillo? —preguntó, mirando al muñeco.

Jacques no contestó, y Brigitte se inclinó hacia él, gritando:

—¡Que si quieres un cigarrillo!

Tampoco esta vez contestó Jacques. Quizá porque no quiso, quizá porque la algarabía de sonidos aterradores era cada vez más fuerte allí dentro…

Muy bien. ¿Realmente esperaban impresionaría con aquellas majaderías? Pues no les iba a dar ese gusto. Terminó el cigarrillo tranquilamente, volvió a acostarse junto al muñeco, y cerró los ojos. Intentó ponerse en trance recorriendo al yoga, pero no pudo conseguirlo. No por los ruidos, sino porque estaba irritada, y esa carencia de serenidad le impedía la concentración.

Y de pronto, cuando llevaba casi diez minutos intentando evadir su mente de la realidad circundante, todo sonido cesó. Otra vez

aquel profundo, hermoso silencio de la noche. Se sentó en la cama y se quitó los algodones de los oídos. Estaba completamente cubierta de sudor, así que fue al cuarto de baño, se dio una ligera ducha fresca y, casi sin secarse, volvió a acostarse, suspirando.

Segundos después, estaba dormida.

* * *

La siguiente vez fue despertada por el lejano, lento, monótono batir de tambores.

Se quedó mirando el techo que destacaba blanco, debido a la primera luz del día. En muy pocos minutos habría llegado el día, pero de momento quedaba aún el último velo de la noche, cada vez más claro, más transparente.

Volvió la cabeza, y vio a Jacques a su lado, siempre con los ojos abiertos, grotescos en su belleza.

—Soy una persona con gran sentido del humor, querido —musitó—. Pero te aseguro que empiezas a fastidiarme.

Se sentó en la cama, encogiendo las piernas y rodeando las rodillas con los brazos. El ritmo de los tambores seguía, cada vez más audible, más alto, más rápido. Era un son en verdad inquietante, que parecía anunciar algo malo.

De pronto, sobresaliendo un poco a los pies de la cama, vio la cabezota del jaguar, moviéndose, rodeándola.

—Ah —sonrió Brigitte—. ¿De modo que has vuelto? Pues has tenido que dar un salto muy hermoso para subir de nuevo a la terraza, gatito… Me habría gustado verlo. Y ahora, si no me equivoco, te estás inquietando de nuevo, ¿verdad? Son tonterías de tu amo, eso es todo, *Caribe*. Ven aquí, bonito —chascó dos deditos—. Ven, que te rascaré las orejas. ¡Vamos, ven aquí!

Volvió a chascar los dedos, y la cabeza del animal se fue alzando, lentamente.

De pronto, se alzó más de lo normal, hasta quedar a la altura de la cabeza de un hombre… Lógico, porque aquello no era un jaguar, sino un gigantesco hombre negro en cuya cabeza estaba la piel de un jaguar, con el resto de la piel colgando hacia su espalda. En una mano del hombre-leopardo brilló el gigantesco cuchillo en el momento del salto hacia la sobresaltadísima espía, que lanzó un

grito casi tan fuerte como el del hombre-leopardo y giró velozmente, pasando por encima del muñeco llamado Jacques, para caer al suelo por el otro lado de la cama, mientras el cuchillo manejado por el hombre-leopardo se clavaba en ésta, justo donde había estado Brigitte.

El hombre-leopardo rebotó, quedando de pie en la cama, lanzando otro grito de aviso de muerte, espeluznante, flexionando las piernas para el nuevo salto contra Brigitte, que se ponía en pie rápidamente.

Aún estaba incorporándose cuando el enorme negro volaba ya hacia ella, cuchillo en alto, dispuesto a asestar el golpe mortal… Y Baby sólo tuvo que volver a tirarse al suelo para que aquella mole negra, poderosísima, pasase por encima de ella y rodase por el suelo, rugiendo como si fuese un auténtico leopardo.

Y tema no menos agilidad y fiereza que un leopardo, porque estuvo en pie de nuevo en un tiempo inverosímil, volviendo a la carga, visibles en la desvaneciente oscuridad sus blancos dientes, el brillo de sus ojos.

Sin menospreciar ni mucho menos al enemigo, pero completamente serena, la espía más peligrosa del mundo le hizo frente, ya en pie, con tal decisión, tan firme su postura de piernas separadas, manos tendidas hacia delante en guardia de karate, que el hombre-leopardo pareció a punto de detenerse. Cosa prácticamente imposible ya pues estaba lanzado con todo su peso y fuerza.

Y fueron su peso y su propia fuerza las que ayudaron a Baby y le hicieron perder la pelea a él.

Cuando lanzó la siguiente cuchillada, la espía desapareció bajo él, colocándose de espaldas. El brazo armado pasó alto, descendió y, finalmente, fue a golpear en el hombro derecho de Baby con la parte superior del codo. Pero no rebotó, porque los increíblemente fuertes deditos de la espía se hundieron en la negra carne, en el antebrazo y en bíceps; dio un tirón de modo que el pecho del negro golpeó en su hombro derecho y, seguidamente, se inclinó, de modo que en un perfecto *kata-seoi* de judo pasó por encima suyo toda la enorme masa del negro que cayó de espaldas y cabeza ante ella, con los pies hacia el frente.

Sin vacilar ni un instante y sin soltar el poderoso brazo negro,

Brigitte se tiró de espaldas al suelo, muy cerca del hombre-leopardo, de modo que sus dos piernas bloquearon entre ellas el brazo del negro, todavía armado con el cuchillo. Las dos piernas de la espía quedaron sobre el pecho y la garganta del negro, impidiéndole incorporarse, mientras sus manitas tiraban de aquel fortísimo brazo, de modo que quedó perfectamente encajado entre sus muslos.

Juntó las rodillas, subió el vientre, y tiró ahora con sus dos manos de la muñeca del negro, hacia abajo.

El alarido del hombre-leopardo, vibró fortísimamente, por encima de los tambores que seguían oyéndose a ritmo cada vez más acelerado y potente. Lo que no oyó fue el crujido del hueso roto fulminantemente, como si fuese un fideo, bajo la presa también de judo *juji-gatame*.

Inmediatamente, Brigitte le soltó, giró hacia atrás pasando sobre sus propios hombros, y comenzó a incorporarse, buscando el cuchillo, que, por supuesto, había escapado al fin de la mano del hombre-leopardo. Lo vio debido al brillo, se inclinó a recogerlo… y la masa del aullante negro cayó sobre ella, aplastándola contra el suelo con tal fuerza y violencia que el cuchillo fue a parar lejos, en una zona de sombra absoluta.

Una enorme mano cayó sobre la garganta de la espía, que notaba en sus costados la presión de las rodillas del negro, sujetándola, inmovilizándola. Encima de ella el pavoroso rostro crispado, los gruñidos del hombre, la saliva que brotaba de su boca cayendo sobre el rostro de Baby. Con una sola mano, aquel gigante podía estrangularla en pocos segundos.

Con permiso del judo, naturalmente. En su último esfuerzo desesperado, Brigitte pasó el brazo izquierdo por detrás del de su enemigo, y luego dio un golpe seco y no demasiado fuerte con el codo en el antebrazo… Asombrosamente, la mano del negro resbaló por la garganta de Baby, y fue a dar al suelo, crispada, perdida su presa. Mientras tanto, igual que una víbora atrapada en un zarzal, Baby se retorció, se deslizó, pareció derretirse bajo la mole del negro, buscando el más cercano hueco para escapar. Para el negro, aquello fue como intentar detener el aire con las manos. Imposible.

Cuando vino a darse cuenta, la mujer blanca, que acababa de ejecutar de modo impecable una salida de presa utilizando sus

conocimientos de *Ne-Waza*, esto es, de lucha en el suelo, estaba en su espalda, cruzando los pies ante su vientre, adhiriéndose a él como una auténtica lapa, mientras su bracito derecho pasaba por delante de su garganta y la mano izquierda así a la derecha, para completar, fortalecer, la terrible presa *ushiro-jime*, la estrangulación por detrás.

Y así, a ritmo de tambores cuya potencia de sonido era ya absolutamente enloquecedora, terminó aquella lucha, sordamente, perdiendo la vida a cada segundo el hombre-leopardo, pateando, sudando la mujer de la piel dorada, que tiraba, tiraba, tiraba…

De pronto, los tambores dejaron de sonar y sólo se oyó el jadeo de la espía en sus últimos esfuerzos, hasta que el negro se relajó completamente. Todavía, jadeando como una fiera, Baby apretó unos segundos más, sin conceder la menor oportunidad de supervivencia.

Por fin, se puso en pie, y quedó tambaleante, completamente cubierta de sudor el desnudo cuerpo, pues la camisita había quedado en el suelo hecha jirones.

A trompicones, tropezando con todo, a punto de caer varias veces, llegó al cuarto de baño, se metió en la bañera y dio el agua fría, lanzando un grito estremecido cuando cayó sobre su cabeza y pecho.

Durante unos segundos, temblando violentamente, estuvo refrescándose, saliendo de aquel embrutecimiento en que se había hundido en la lucha a vida o muerte.

Cuando salió del cuarto de baño, chorreante, lo primero que hizo fue tapar con una sábana el cuerpo del hombre-leopardo. Luego, se dejó caer en la cama, fuertemente, suspirando, junto al muy elegante Jacques, siempre impecable con su *smoking*.

¿No era absurdo todo aquello? Si querían matarla, disponían de mejores medios que enviar contra ella a un negro con todas las características de pertenecer al Mau-Mau, o cualquier secta parecida.

No.

No querían matarla.

¿O sí? Porque, indudablemente, aquel negro la habría matado si ella no hubiera tenido conocimientos de judo, a los cuales debía una vez más la vida. Sí. La habría matado. Pero entonces, todo aquello

no tenía sentido. Si querían matarla, podían hacerlo a balazos, en cualquier momento, desde cualquier sitio inesperado. Podían dormirla con gas, tirarle una granada de mano, acribillarla, envenenarla con la comida. Podían matarla tranquilamente de mil maneras.

¿Por qué entonces toda aquella farsa de silbidos, carcajadas siniestras, sonido de tambores, hombre-leopardo…? ¿Por qué?

Se volvió en la cama, mirando al muñeco.

—Jacques —musitó—: ¿por qué?

—¿Estás despierta? —preguntó el muñeco.

Un relámpago de furia pasó por los más bellos ojos del mundo. Estuvo tentada de descargar un golpe contra aquella faz de plástico, pero no iba a conseguir nada. Todo lo más, lastimarse, y quizá estropear el transmisor por medio del cual se comunicaba con el hombre que ahora hablaba con ella, lo cual no le interesaba de ninguna manera.

—Sabes muy bien que estoy despierta —susurró—. ¿Qué es lo que pretendes exactamente?

—Ya te lo dije anoche: tu amor.

—¿Qué clase de amor? ¿Necrófilo?

—Oh, vamos…

—Escucha, te lo advierto: me estoy cansando del juego. Has llamado a Baby, quieres algo de ella, de mí… Bien: aquí me tienes. Acabemos de una vez.

—¿Te estás poniendo nerviosa?

—Me estoy irritando definitivamente, Jacques. Teniendo en cuenta que yo jamás me pongo nerviosa, mi irritación puede significar mucho peligro para ti.

—¿Jamás te pones nerviosa?

—Jamás. Puedo tener el miedo más grande del mundo, pero no me pongo nerviosa. Si fuese así, esta noche me habría matado *Caribe*, o hace unos minutos lo habría hecho ese… hombre-leopardo…

—¿Qué dices? ¿Un hombre-leopardo? Vamos, vamos… Querida, estás en las Antillas, no en África.

—Dejémonos de tonterías. Solucionaremos este asunto dándote las gracias por la hermosa piel de leopardo que acabas de enviarme como… obsequio. Me la llevaré cuando regrese a…

—Jamás regresarás a ninguna parte —cortó Jacques.

—Pero… ¿qué es lo que quieres? Dímelo de una vez, te lo ruego.

—Sólo quiero que estés aquí, para poder verte, recitarte mil versos, amarte… ¿No quieres escuchar los versos que te he preparado esta noche?

—Lo que yo quiero…

—Escúchalos, por favor…

También sale el sol esta mañana,
despierta, pues, mi amor, que ya es de día,
gocemos nuestro amor…, dulce nirvana…
¡nos queda mucha vida todavía…!

—De acuerdo —musitó Brigitte—. Me alegra mucho eso de que nos quede mucha vida todavía. Pero mucho me temo que a ti te queda muy poca si no llegamos a un acuerdo razonable. Dime dónde estás, y charlaremos…

—¿Dónde estoy? Querida, ¿no me ves? Junto a ti, en el lecho de nuestro dulce *rendez-vous*. Y ya sale el sol… También sale el sol esta mañana; despierta, pues, mi amor, que ya es de día… ¿No te parece que me estoy superando?

—Son unos versos no sólo infames, sino vulgares, que es peor.

—Eres muy desagradecida, ¿no crees?

—Posiblemente. Recuerda, Jacques: si al mediodía no me has aclarado la situación, me iré.

—Jamás te irás de aquí.

Brigitte frunció el ceño. Se tendió de nuevo boca arriba en la cama, cerró los ojos, y se durmió.

Capítulo V

—¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Cómo estás, chiquitín? ¿Otra vez tienes hambre?

Caribe, tendido de panza ante su recipiente de barro, estaba triturando su desayuno, en la cocina. Había vuelto la cabeza al oírla llegar, de modo que la espía vio sus pérfidos ojos verdes fijos en ella apenas entrar. Y tras escucharla al parecer con cierto interés, *Caribe* reanudó su desayuno, apaciblemente.

—¿Sabes? —Baby abrió el frigorífico—. He pasado una noche de lo más entretenida… Pero me parece que me habría ahorrado muchas molestias si hubieses estado conmigo. Dime: ¿qué habrías hecho tú de encontrarte con aquel hombre-leopardo?

Caribe la estaba mirando de nuevo, relamiéndose los bigotes. Un gruñido amistoso hizo hincharse su panza.

—Ah… ¿Me habrías ayudado? Eres muy amable, chiquitín, por decir eso, pero yo creo que no me habrías ayudado. ¿Y sabes por qué? Pues porque es imposible que aquel hombre llegase hasta mi terraza sin que tú lo vieses, le olieses o le oyeses. De donde se desprende que tenías noticias de su presencia en la villa. La pregunta es, por lo tanto: ¿por qué no le atacaste?

El jaguar se puso en pie, y se acercó a Brigitte. Al parecer, ya estaba satisfecho, así que podía permitirse el lujo de ser sociable. Restregó su gran cabezota contra los muslos de Brigitte, que estaba contemplando críticamente un par de huevos que sostenía en una manita. Al notar el suave contacto peludo sonrió, y rascó la cabezota del felino, que volvió a hinchar el vientre en un rugido de lo más cordial.

—Yo te daré la respuesta, *Caribe*: no le atacaste porque le conocías. ¿Verdad que sí? Claro… Era amigo tuyo, de más o menos categoría. Y amigo de tu amo, por tanto. Es decir, que fue tu amo quien envió al leopardo a matarme. ¿Tú crees que esto tiene

sentido? Yo digo que no.

—¡Rrrruummm…! —opinó *Caribe*.

Brigitte dejó de mirar los huevos para contemplar afectuosamente al felino.

—¡Ah! ¿De modo que estás de acuerdo conmigo…? ¡Espléndido! Estoy segura de que si supieses hablar me serías de gran utilidad. Es una lástima que sólo sepas decir ¡rrruuummm! —Imitó graciosamente al jaguar—. De todos modos, creo que los huevos no te gustan. A mí, la verdad, tampoco me gustan demasiado. Hay quien se los come, crudos. Se los beben. Igual que si fuesen… una copa de champán, por ejemplo. ¡Brrr…! Considerándolo fríamente, *Caribe*, los huevos son… fetos de gallina. ¿Tú me entiendes? Vaya, que no es cosa de mi agrado. ¿Algún comentario por tu parte?

Esta vez, el felino no tuvo comentario que hacer a las palabras de la espía. Simplemente, la miraba, alzando la cabeza, pegadas sus barbas a una rodilla femenina. Parecía encontrarse estupendamente allí y, desde luego, no tenía preocupación alguna respecto a los huevos de gallina.

Brigitte le tiro de los bigotes, rió y volvió a examinar el frigorífico. Esta vez, evidentemente, quedó mucho más complacida. Sacó un par de enormes tomates frescos, rojos, tersos, y se dirigió con ellos hacia la repisa de mármol, junto a la pileta. Tomó un cuchillo, partió los dos tomates, les echó sal, y mordió alegremente una de las mitades.

—¿Ves? —dijo, masticando—. Esta sí es comida sana, *Caribe*. Lo que pasa es que el ser humano ha descendido al nivel de la bestia, y somos capaces de comer cualquier cosa. Incluso… carne de animal muerto. ¿Te das cuenta? Lo que estoy tratando de decirte es que tú y yo no nos diferenciamos demasiado. Tú, si estuvieses libre por esas selvas, matarías animalitos para comer. Yo no. El ser humano no hace eso, no… Ya no tiene que molestarse en cazar, cosa muy sana y deportiva. ¿Para qué molestarse? Coge unas manadas de vacas, o unos rebaños de ovejas, los mete en un corral o en unos pastos, y los deja que engorden. Entonces, los mata, los desuella, los descuartiza, y… se los come. Con o sin sal; asados, fritos o hervidos… Hay gustos para todo. Pero de cazar… ¡Nada, hombre! ¿Para qué cazar, si tenemos en un corral doscientas gallinas, treinta cerdos setenta ovejas y nueve vacas? Además, está el mar… Vamos

al mar, tiramos unas redes, o unos explosivos, y sacamos cientos, miles de bichitos: sardinas, langostas, tiburones, camarones, almejas, ostras… Las almejas y las ostras ya no es tan fácil de cazarlas con una red. Eso es otra cosa. Hay que bajar, trabajar… Por eso, las almejas y las ostras son más caras que otros bichitos del mar. Todo está en relación directa con el esfuerzo que ha costado conseguirlo. ¿Sabes lo que dicen los españoles?: que los tomates son comida de grillos. Dime, chiquitín: ¿tú crees que yo tengo aspecto de grillo?

Se echó a reír nuevamente, todavía masticando tomate con sal Acabó por fin con los dos, se lavó las manos a chorro del grifo y echó un vistazo alrededor.

—En definitiva, esta no parece una cocina abandonada. Yo juraría que no hace ni veinticuatro horas aquí había gente trabajando… Haciendo comida, que es lo que se hace en una cocina. En cambio, ahora, no hay nadie aquí. Ni en toda la casa… No hay nadie en ningún sitio. Pero, y esto es importante, alguien tuvo que llevar anoche a Jacques a mi dormitorio desde el salón rosa. ¿Verdad? O sea, que hay gente a mí alrededor. ¿Dónde? No sé. Escondidos, vigilándome, mirándome, estudiándome… ¿Para qué?

Esa era la pregunta. La pregunta tantas veces formulada: ¿qué querían de ella? ¿Por qué habían organizado aquella ridícula e irritante *rendez-vous* para la mejor espía del mundo?

Salió de la cocina, cruzó la casa y segundos después aparecía junto a la piscina, a pleno sol. Se quitó las ropas, quedando solamente en bikini. Se había propuesto tomar el sol y nadar un poco en la hermosa piscina de aguas tan intensamente azules.

Primero, estuvo tomando el sol, casi durmiéndose al grato calor que tan dorada mantenía su piel. Hacia las once, se tiró a la piscina, y *Caribe*, que había estado tomando el sol junto a ella en la hierba, se acercó al borde y la miró como calculando la conveniencia de imitar a su simpática amiga, que tan bien olía y tan dulce voz tenía…, además de rascar las orejas estupendamente. Pero el felino no se decidió a tomar un baño, y la espía estuvo nadando sola, en silencio, bajo un cielo refulgentemente azul, bajo un sol ardiente, limpio, dorado.

A las doce menos cuarto salió de la piscina, se secó someramente y volvió a tumbarse, tras encender un cigarrillo.

A las doce menos seis minutos había terminado el cigarrillo.

A las doce menos cinco se puso en pie, recogió sus cosas y se dirigió hacia la casa, chascando los deditos, de modo que *Caribe* se fue tras ella.

Subió al dormitorio, y fue directa al armario, dirigiendo una indiferente mirada a la cama, en la cual ya no estaba el muñeco llamado Jacques. Abrió el armario, sacó unos *shorts*, un jersey y unos zapatitos veraniegos, se vistió y escribió una nota que dejó sobre la cama.

La nota decía:

> *FIN DE* RENDEZ-VOUS. *LA ESPÍA REGRESA A SUS OCUPACIONES.* AU REVOIR, MON AMOUR.
>
> *Baby*
>
> *P. D. Acepta mi maletín como un obsequio.*

Poco después, salía de la casa, perfectamente orientada respecto al camino que debía seguir para llegar al lugar donde había quedado camuflada la avioneta. *Caribe* iba pegado a sus piernas, pero ella se detuvo y señaló hacia la casa.

—No —dijo—. Lo siento, chiquitín, pero no puedes venir. Vamos, sé bueno y vuelve a la casa. *Allez*!

Caribe se sentó sobre sus cuartos traseros y la miró ladeando la cabeza.

—Me parece que estás triste, pero, *mon amour*, siempre hay una separación. Siempre. Todo tiene principio, todo tiene fin. Quizá volvamos a vemos.

Siguió caminando. Llegó al borde de la piscina y, cuando se disponía a volverse hacia la casa, las azules aguas se alzaron un punto, formando un pequeño surtidor.

¡Chop!, se oyó.

Por instinto, saltó hacia atrás. Y justamente allí donde habían estado sus pies, la segunda bala chascó, con más fuerza, arrancando pequeñas esquirlas de piedra, algunas de las cuales se clavaron en sus piernas.

Volvió a saltar, mientras otra bala se hundía blandamente en el verde césped. Simultáneamente, otra bala emitía un seco trallazo por encima de su cabeza, para rebotar en la pared de la casa, con

agudo, vibrante tañida metálico, mientras ella rodaba sobre la fresca hierba.

¡Chop! ¡Chop! ¡Chop!

Las tres balas se hundieron, seguidas, junto a ella, en la hierba, mientras saltaba una vez más. Llegó corriendo a la terraza, y otra bala segó unas cuantas flores de un macetón. De otro salto, penetró en el salón tan alegremente amueblado y decorado, oyendo en la pared, afuera, el impacto de dos balas más.

Solamente oía los impactos, no los disparos.

Tendida sobre la alfombra, alzó la cabeza para mirar hacia el exterior. No sentía temor alguno, pero tampoco estaba dispuesta a llevar su valor a extremos suicidas.

—Rifles con silenciador —musitó—. Están poniendo las cosas en verdad interesantes…

Tres balas más entraron en el salón. Una de ellas se hundió en el sofá, otra rebotó en el suelo, la tercera lo hizo sobre el bonito bar, dejando en la madera una grieta astillada. Arrastrándose, Brigitte llegó tras el gran sofá y se quedó allí, inmóvil, encogida.

No más disparos.

Silencio.

Silencio absoluto. Ni siquiera se oía el rumor de la cercana playa Afuera, recortadas contra el pequeño trozo de cielo azul que veía por la puertaventana, vio pasar un par de gaviotas, como suspendidas en los rayos del sol.

Y de pronto, comenzó a oír la música romántica. Aquella misma música que había sido la señal para reunirse con su enamorado en el salón rosa que merecía llamarse salón mausoleo. Una música de paz, melancolía y alegre a la vez, dulce, suave, amable… *Caribe* había desaparecido.

—¿Jacques? —Llamó Brigitte—. Dime si me estás oyendo.

Música.

Solamente música romántica.

—La broma sigue siendo estúpida —añadió Brigitte—. Sé muy bien que esas personas que han disparado contra mí han podido acertarme al primer disparo. ¿Por qué no lo han hecho? Contesta… ¡Sé que me estás oyendo!

Música.

Solamente música.

Se arrastró hasta llegar a la puerta, se puso de rodillas, la abrió y salió velozmente del salón. Ya dentro de la casa, se puso en pie, fue hacia la puerta de color rosa, la abrió y entró en el salón mausoleo, cerrando en seguida tras ella.

Me alegra mucho que aún estés viva, querida.

Jacques estaba sentado en el mismo sitio de la tarde anterior, con los brazos abiertos, como esperándola. Era como si nada hubiese cambiado. Como si todo empezase de nuevo. Brigitte se acercó, se sentó en el sofá y suspiró resignada.

—No es fácil matarme —observó—. ¿No tenemos champán esta tarde?

—Tú te lo llevaste. ¿No estará en la cocina, quizá?

—Sí. Debe estar allí. Pero no sé si esta es hora de beber champán, Jacques.

—Ya te dije que aquí no existen los convencionalismos.

—Entonces, iré a buscar el champán a la cocina.

Se puso en pie, fue hacia la pared y descolgó un par de lanzas y un machete.

—¿Crees que eso te servirá de algo? —preguntó Jacques.

—No sé. Por si acaso, advierte a tus amigos que no se pongan a tiro. Puedo clavar una de estas lanzas en un paquete de cigarrillos a más de veinte pasos de distancia. No te dejes engañar por mi aspecto delicado, amor: mis brazos son muy fuertes. Maté al hombre-leopardo, ¿recuerdas? Por cierto: ¿cuándo lo vais a retirar de mi dormitorio?

No hubo respuesta.

Brigitte estuvo unos segundos mirando al muñeco. Luego, sopesó las dos lanzas, frunció el ceño, y cambio una de ellas. Fue a la puerta, la abrió cautelosamente, se asomó. Vía libre, al parecer.

Salió al vestíbulo, fue a la cocina, sacó del refrigerador la botella de champán, se la puso bajo el bracito izquierdo y se estremeció placenteramente al notar el frío.

Dio la vuelta encarando la puerta y lanzó un gritito al ver que se abría en aquel momento. Un negro alto, atlético, de enorme cabezota rapada apareció en el umbral, agitando furiosamente los brazos, gritando, aullando furiosamente…

—¡Hua! ¡Hua, hua, hua, do, do…! ¡AAffgg…!

Baby dobló la cintura hacia atrás, blandió una de las lanzas,

tensó de nuevo la cintura, distendió el brazo… La lanza fue directa al pecho del negro, que se apartó, cobijándose tras la puerta que atrajo hacia sí. Se oyó el seco crujido de la madera al hundirse la lanza en ella, con tal fuerza, que penetró hasta su mitad. Sin vacilar, Brigitte corrió hacia allí, abrió la puerta y salió de la cocina. Todavía pudo ver al negro, corriendo, alejándose hacia el extremo del pasillo. Sin hacer caso de la media lanza que sobresalía en la puerta de la cocina, partió tras él, hacia el vestíbulo.

Cuando llegó allí, el negro estaba abriendo la puerta de la casa.

Brigitte volvió a doblar su cintura, con poderosa flexibilidad. Cuando la enderezó, la lanza partió con seco silbido, hacia la espalda del negro, el cual emitió un grito de pavor cuando la lanza, tras rozarle un costado, se clavó en la pared, con tal fuerza que su vibración se oyó claramente en la casa, salpicando madera y yeso a todos lados.

La puerta se cerró a espaldas del negro y Brigitte hizo una mueca de disgusto. No estaba acostumbrada a fallar.

Como si nada hubiera ocurrido, volvió al salón rosa, entró, sonrió secamente al ver a Jacques en la misma postura. Una vez más, la espía se sentó ante el muñeco.

—Aquí estoy de nuevo —dijo—. ¿Quieres champán?

—No, gracias, es muy temprano para mí.

—Oh… ¿No habíamos quedado en que no debemos tener en cuenta los convencionalismos? Vaya… No me he acordado de traer una copa.

Sonrió malignamente, alzó la botella y bebió un trago. Estaba frío, y eso era suficiente para ella.

¿Todavía no estás nerviosa? —preguntó Jacques.

—Todavía no. Pero mi irritación va aumentando, querido.

—De nada te sirve la irritación.

—En efecto, mientras no te dejes ver. Bien… Ya hemos superado la broma de las carcajadas siniestras, la del hombre-leopardo, la de los disparos desde los cocoteros, la del negro espantoso en la casa, la del jaguar… ¿Queda algo más? Empiezo a encontrar divertido el asunto, Jacques.

—Tu diversión acabará pronto.

—Es posible. Pero permíteme que te dé un consejo leal y muy conveniente para ti: no te pongas delante mío, amor. ¿*Okay*?

—¿Qué pasaría si me pusiera delante de ti?

Brigitte sonrió, de nuevo malignamente, perversamente. Bebió otro sorbito de champán, fue a la pared y desprendió otra lanza. Su azul mirada, fría, dura, irónica también, se clavó en los ojos sin vida del muñeco.

—Te voy a hacer una pequeña demostración, Jacques, amor mío. Y cuando la demostración haya terminado, recuerda que en este salón quedan todavía muchas lanzas como esta…

Tiró la lanza, de pronto. El perforante proyectil silbó en el aire y llegó al pecho del muñeco, clavándose allí con tal fuerza que lo atravesó y lo dejó pinchado en el sillón. Fue un lanzazo tremendo, que habría partido en dos a un ser vivo.

—Yo diría que esto refleja un poco de nerviosismo —dijo calmosamente el muñeco—. Cuando menos, como suele decirse, un cierto desequilibrio nervioso.

—No, no… Ha sido sólo un pequeño placer que me he concedido. Y una advertencia para ti —descolgó unas cuantas lanzas más—. Insisto, Jacques: procura no ponerte delante de mí.

—¿Esperas conseguir algo con esas lanzas? Afuera hay rifles y pistolas…

—No pienso salir ahora, a pleno sol. Saldré de noche. Las cosas estarán más niveladas entonces.

—Niveladas… ¿en qué?

—Te lo explicaré de este modo: ¿alguna vez has visto a un cazador que se atreva a ir de noche a cazar una pantera?

—No.

—Pues adviérteselo a tus amigos. Ellos son los cazadores, yo soy la pantera: que no se descuiden.

—No podrás salir.

—Saldré por el más pequeño agujero. Ni siquiera media docena de agentes de la CIA fueron capaces de retenerme prisionera en una casa, Jacques. Tú y tus amigos no significáis nada para mí. Esperaré. Y por la noche, saldré.

—No resistirás este tiempo. Tienes que comer, beber, descansar… En cualquier momento pueden entrar para mat…

Baby se echó a reír.

—¡Vamos! —exclamó entre risas—. ¿Esas tonterías piensas? Soy capaz de estar sin comer, beber ni dormir el doble que cualquiera

de tus hombres. Puedo parecer muerta y tener todavía energías suficientes para escapar de cualquier cerco o trampa, de veras: no os descuidéis.

—No resistirás la tensión nerviosa.

Brigitte sonrió, encogió los hombros y volvió a sentarse de cara a la puerta. Bebió un sorbito de champán y miró la botella con cierta consternación, pues se estaba terminando el dorado líquido burbujeante.

—Esto sí me fastidia —comentó.

No hubo respuesta.

Silencio.

Silencio absoluto.

Ni música, ni graznidos de gaviota, ni voces, ni ruido de pasos, o de disparos, o de voces… Silencio absoluto.

Capítulo *VI*

—Deben ser las ocho dijo Baby.

—Menos dos minutos —puntualizó Jacques.

—Tu reloj atrasa dos minutos, querido.

Se puso en pie, bostezando graciosamente. Fue hacia la ventana, se colocó a un lado, y apartó los gruesos cortinajes. Dentro de muy poco sería de noche. Volvió a correr los cortinajes de color granate, regresó junto al sillón y, una vez más, miró desolada la vacía botella de champán. Llevaba allí casi ocho horas, delante del silencioso muñeco clavado al sillón por la lanza. Durante ese largo espacio de tiempo, no se había pronunciado una sola palabra en el salón mausoleo. Y, ciertamente, nadie en su sano juicio habría pensado que la espía internacional se había puesto nerviosa. Absolutamente inalterable, impávida, había dejado pasar el tiempo, sin la menor muestra de temor, nerviosismo o impaciencia. Daba la impresión de que estuviese voluntariamente dispuesta a pasar el resto de su vida sentada en aquel sofá, como si fuese lo más agradable del mundo.

—¿Vas a salir? —preguntó Jacques.

—Dentro de poco; cuando sea noche cerrada.

—Te estarán esperando.

—Bien.

Tomó el paquete de cigarrillos de la mesa y frunció el ceño al sacar el último cigarrillo. Encogió los hombros, lo encendió y miró una vez más, con fría indiferencia, a su alrededor. En menos de dos minutos podía encontrar la cámara de televisión, pero no se había molestado lo más mínimo en buscarla. ¿Qué importaba, a fin de cuentas?

—Jacques —dijo de pronto—: ¿eres un espía profesional?

Silencio.

—¿Jacques? —insistió.

Silencio.

Baby terminó el cigarrillo, apagó la colilla en el cenicero, y se puso en pie. Examinó rutinariamente las lanzas y el machete que había seleccionado para su dotación de armamento y pareció satisfecha. Dirigió una torva mirada al silencioso muñeco, encogió los hombros una vez más y comenzó a caminar hacia la puerta del salón rosa… o mausoleo.

Estaba a tres o cuatro pasos de la puerta cuando se detuvo en seco. Pareció que sus orejitas se estirasen, se alargasen. No se movió en absoluto, casi pareció que dejase de respirar. Segundos después, aquel sonido llegó ya con toda claridad a sus oídos. El ceño de la divina espía se frunció. Sí… Llegaba un vehículo a motor… Un coche, evidentemente.

Al poco, oyó el sonido del motor con más fuerza. Luego, el frenazo. Casi en seguida, voces… Con toda claridad, oyó abrirse la puerta de la casa. Pisadas. Una voz, en francés, estaba dando órdenes, muy amablemente por cierto. Se oyeron más voces, pisadas dentro de la casa, el golpe de la puerta al cerrarse…

La solitaria casa se había llenado de vida en unos segundos, eso era todo.

Fue a la puerta y sin vacilar la abrió rápidamente y en silencio. Pudo ver a un negro y una negra caminando hacia la cocina, de modo que le volvían la espalda. En cambio, el hombre blanco estaba completamente de frente con respecto a ella, guardándose el llavero, de modo que la vio en el acto, y se quedó estupefacto, boquiabierto, contemplándola con los ojos muy abiertos, incrédulo.

Brigitte adelantó dos pasos, alzando la lanza.

—No se mueva —susurró.

El hombre permaneció inmóvil, en el colmo del estupor. Los dos negros se volvieron, lanzaron una exclamación, y también quedaron inmóviles al ver a la bellísima mujer con la lanza lista para ser disparada. El hombre blanco desvió la mirada velozmente hacia ellos.

—No os mováis —dijo—. Puede ser peligrosa.

Hablaba en francés con un acento claro, perfecto, acento inconfundiblemente parisiense. Debía tener algo más de cincuenta años, era menudo, delgado, casi enclenque, de hombros estrechos. Vestía de blanco con una elegancia que llegaba al atildamiento. Sus ojos eran claros, su boca pequeña. Tenía tan poco cabello que para

disimularlo no se le había ocurrido otra cosa que dejarlo muy largo y peinarlo hacia delante, de modo que parecía llevar una especie de gorra canosa sobre el cráneo. En definitiva, no podía resultar más graciosamente ridículo, más completamente opuesto a la imagen de un hombre viril. Un ridículo maniquí de escaparate.

—Soy peligrosa —aseguró Brigitte—. Y usted es listo, porque sabe dar buenos consejos, señor… señor…

—Demeurett… Jacques Demeurett. Soy el dueño de esta casa. ¿Puede decirme qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

—¿No lo sabe? —sonrió Brigitte.

—¿Cómo he de saberlo? He estado algunos días en Roseau, atendiendo mis asuntos… Y a mi regreso la encuentro en mi casa como… como si fuese suya. ¿Puede explicármelo, señorita?

—Me invitaron a venir aquí.

—¿La invitaron? ¿Quién?

—Un enamorado llamado Jacques. Por cierto, *monsieur*, que además de llamarse como usted, tiene una voz muy parecida a la suya.

—No conozco a nadie que se llamé como yo y que tenga derecho a invitar a nadie a mi casa. No quisiera buscarle complicaciones, señorita, pero si usted no me da una explicación, me veré obligado a llamar a la policía.

—¿Y no sería mejor que me escribiera unos cuantos versos, *monsieur* Demeurett?

—¿Cómo dice? No comprendo lo que usted…

—La broma está durando demasiado —Brigitte bajó la lanza—. Por mi parte, al menos, la encuentro ya fastidiosa. Usted sabe muy bien quién soy yo. Y yo sé muy bien quién es usted, aunque ahora su voz suene de modo algo diferente… Cosa fácil de conseguir, *monsieur* Demeurett, si se pone en la boca una placa metálica, por ejemplo, debajo de la lengua. ¿Es eso lo que ha estado haciendo hasta ahora?

—No sé de qué está hablando. En mi opinión, usted está… Bien… No quisiera ser descortés…

—¿Cree que estoy loca? —sonrió la espía.

—Pues… Oh, bueno, no… No, no. Pero, comprenda, hay una confusión en todo esto. Yo no entiendo de qué está hablando, jamás he escrito versos, ni nunca la he visto a usted. En estas

circunstancias, si fuese tan amable de explicarme qué significa todo esto yo podría… ser razonable.

Brigitte ladeó la cabeza. El hombrecillo ridículo, casi afeminado, no la estaba engañando, por supuesto. A menos que ella estuviese perdiendo facultades auditivas y su capacidad para identificar voces por mucho que éstas fuesen desfiguradas.

—De acuerdo, *monsieur* —dijo—. Voy a ser tan amable de explicarle qué significa todo esto. Espero que, por fin, lleguemos a un acuerdo. ¿Quiere venir, por favor? No tema, no pienso hacerle el menor daño.

Jacques Demeurett miró a sus criados, les hizo una seña de tranquilidad y se acercó a la espía. No muy tranquilo, desde luego, según parecía.

—Le ruego que sea razonable —murmuró.

—Lo seré. Pero, para ser razonable, hay que estar en un ambiente razonable y con personas razonables… ¿De acuerdo, *monsieur*?

—Sí… Completamente de acuerdo.

—Bien. En tal caso, usted convendrá conmigo en que ser invitada a una cita de amor, a una… *rendez-vous*, y pasar la noche con un muñeco, no tiene nada de razonable.

—¿Con un… muñeco?

—Un muñeco que habla, *monsieur*. Habla… pero nada más. ¿Usted me comprende, *monsieur*? ¿Cree que esa es la *rendez-vous* que merece una muchacha tan linda como yo?

Demeurett parpadeó.

—Supongo que no. No sé… ¿De qué muñeco está usted hablando?

—Véalo, *monsieur*. Y dígame si lo considera pareja adecuada para una cita de amor conmigo…

Empujó la puerta del salón rosa, y Jacques Demeurett miró adentro, mientras ella le contemplaba atentamente, estudiando su reacción, aun a sabiendas de que aquel hombre seguía desarrollando su estúpido o, al menos, incomprensible juego. Captó el gesto de duda de Demeurett, éste adelantó un paso para poder abarcar más campo visual dentro del salón y, finalmente, volvió los ojos hacia ella.

—No veo ningún muñeco —murmuró.

Baby miró rápidamente hacia el sillón donde había dejado clavado a Jacques. La lanza sí estaba allí, clavada en el respaldo del sillón, pero el muñeco había desaparecido. Un rápido parpadeo evidenció, por un instante, el desconcierto de la espía internacional. En primer lugar, por supuesto. Jacques no podía desplazarse por sí mismo, pues era efectivamente un simple muñeco. En segundo lugar, para que alguien lo hubiera sacado del salón tenía que haber salido por la puerta, pues… ¿O podía haber salido por la ventana?

Las imágenes desfilaban como en veloz exposición fotográfica por la mente de la espía. Si no recordaba mal, no era posible que Jacques hubiese sido sacado de allí por la ventana, pero había que comprobarlo.

Fue a la ventana, descorrió las cortinas que estaban tal como ella las había dejado, y, efectivamente, vio el cierre colocado por dentro. Es decir, que el muñeco no había sido sacado por allí. Por la puerta tampoco, naturalmente.

Se volvió hacia Demeurett, que la contemplaba con curiosidad, mucho más calmado.

—¿Y bien, señorita?

Baby no contestó. Positivamente, alguien se había llevado a Jacques de allí dentro mientras ella conversaba en el vestíbulo con Demeurett. La pregunta era: ¿por dónde? Por la ventana, no. Por la puerta, tampoco. Por el techo, menos todavía. Al parecer, pues, sólo quedaba una explicación… Con toda lógica, eliminó la pared maestra de la casa y la que enmarcaba la puerta del salón. Por allí no podía haber puerta secreta alguna. La otra pared daba al pasillo que conducía a la cocina, de modo que tampoco le pareció adecuada. Sólo quedaba la pared donde estaba la sombría biblioteca cargada de polvorientos volúmenes y que, lógicamente, separaba el salón rosa del otro salón más moderno y alegre.

Se acercó allí, y comenzó a pasar los deditos por la biblioteca, examinándola detenidamente. Apartó libros, abrió cajones, presionó en varios puntos… Nada. O no existía resorte alguno, o ella era incapaz de encontrarlo… cosa que se resistía a creer. Si allí había alguna puerta disimulada, Baby tenía que haberla encontrado ya…

—Por favor —dijo de pronto Demeurett, suavemente—: ¿puede decirme qué libro busca? Quizá yo pueda…

—No busco ningún libro —le miró hoscamente Brigitte—, sino

una puerta disimulada, *monsieur*.

—¿Una puerta…? ¿En esa vieja librería? Mire, señorita… En este salón solamente hay los viejos muebles de la casa. Estaban aquí cuando la compré y, como me sobraba sitio, decidí reunirlos todos en este lugar en vez de tirarlos…

—¿Quiere decir que no conoce los muebles?

—Exactamente. Pero, si ahí hubiese una puerta… ¿a dónde conduciría?

—Al salón de al lado.

—Ah. Bien, de eso sí estoy completamente seguro que no puede ser. No hay ninguna puerta en esa pared del salón de al lado. Yo estuve presente cuando fue decorado, pintado, arreglado… Vamos, vamos… No sé qué pretende usted, y la situación empieza a ser francamente molesta. Ha entrado en mi casa, ha estropeado un sillón, está buscando puertas falsas como si esto fuese… un castillo medieval… Creo que será mejor que llame a la policía. O quizá al hospital psiquiátrico de Reseau. Todo esto, a menos que de una vez me dé una explicación razonable.

Brigitte le miró torvamente, sin contestar. Se sentó en el sillón contiguo al que había ocupado Jacques y estuvo unos segundos mirando alrededor, con gesto hosco, irritado. No se podía salir por el techo, ni por las paredes. El muñeco tampoco había salido por la puerta, ni por la ventana. ¿Por el suelo, quizá? Lo que sí era seguro respecto al asunto era que Jacques no había podido salir del salón si no había salida. Dos y dos, cuatro.

De pronto, sonrió. Se puso en pie, fue hacia el sillón donde estaba clavada la lanza, se inclinó, metió las manos bajo los feos faldones, asió el borde del sillón y tiró hacia arriba con fuerza volcando el mueble hacia atrás… Inmediatamente el plegado muñeco de plástico vestido de *smoking* se desparramó por el suelo, en todo su tamaño.

Brigitte miró sonriente a Demeurett.

—*Voilá, monsieur.*

—Asombroso —sonrió Demeurett—. Al parecer, tenemos en la casa un muñeco capaz de ocultarse cuando le conviene.

—No exactamente. Con permiso…

Fue directa hacia el sofá y, aunque pesaba considerablemente más que el sillón, lo volcó también hacia atrás, tirándolo sobre el

respaldo… Y aún no había caído completamente el sofá cuando de debajo, el menudo negro de blancos cabellos que había estado metido en el hueco, salió como disparado hacia arriba y dispuesto a lanzarse como un rayo hacia la puerta del salón. Sólo que no era lo bastante rápido para la espía internacional, que alargó una mano y asió por la blanca y rizada cabellera al viejo negro, deteniéndole en seco y no poco dolorosamente.

—¡*Monsieur*! —aulló el negro—. ¡*Monsieur*!

—Está bien —dijo Demeurett—. Por favor, suelte a Jean, Baby. Es un pobre viejo que se ha limitado a cumplir mis órdenes.

—*Okay* —sonrió la divina espía.

Soltó al viejo que salió disparado del salón, seguido por la benévola mirada de Demeurett, que señaló al muñeco.

—¿Qué le ha parecido la actuación de Jacques?

—Regular. ¿Ha llegado el momento de que hablemos en serio, Demeurett?

—Inevitablemente. Oh, pero no aquí, sino en el otro salón. Es más alegre, ¿verdad?

—Considerablemente más alegre.

—Pues vamos allá.

Se dirigió hacia la puerta, mientras Brigitte recogía el muñeco y se lo colocaba bajo un brazo, con expresión divertida. Fueron al salón alegre y la espía, suspirando, dejo al muñeco sentado en un sillón.

—¿Quiere tomar algo? —ofreció Demeurett, sonriente.

—Vodka —dijo Brigitte, dejándose caer en el sofá.

—¿De veras?

—De veras.

—Muy bien —Demeurett presionó un timbre que había en la parte inferior de la mesita, se sentó, y ofreció un cigarrillo a Brigitte, sonriendo—. Sé que los suyos se han terminado, ¿no es así?

—Así es. Gracias, *monsieur*.

—Oh, no, no… Por favor, Baby… Vamos a seguir tuteándonos, como hasta ahora. Llámame Jacques, igual que antes… ¿Cómo debo llamarte yo a ti?

—Baby.

—Ah. Bien, pensé que tu nombre auténtico podría…

—Baby y Jacques —sonrió la espía—. ¿Por qué complicar más

las cosas? En mi opinión, ya las has complicado tanto con el juego del muñeco que conviene descansar un poco de tonterías.

—Sí. Bien… Todavía parece posible finalizar la *rendez-vous* de un modo… normal, ¿no te parece?

La espía más audaz, peligrosa y bella del mundo miró con simpática sorpresa al menudo hombrecillo calvo que se ponía cortina de cabellos grises en el cráneo. Menudo, enclenque, afeminado… Se echó a reír, de pronto.

—¡Vamos, Jacques…! —exclamó, divertidísima—. ¡No estarás hablando en serio…!

—¿Por qué no? —Enrojeció Demeurett.

—Vamos, vamos, querido… No seas fanfarrón. No durarías… ni un asalto.

Jacques Demeurett enrojeció aún más, de un modo violento, sofocante; casi pareció que fuese a asfixiarse… En aquel momento apareció uno de los criados y eso fue como agua cayendo sobre una fogata.

—Sírvenos vodka —masculló Demeurett.

—Sí, señor.

—Con hielo —dijo Brigitte—. Hay cubitos en el refrigerador. Por cierto: ¿dónde está *Caribe*?

—En la cocina —dijo el criado negro—. Comiendo.

—Rásquele las orejas de mi parte.

—Sí, señorita —sonrió el negro.

Se retiró, regresando en seguida con unos cubitos de hielo. Sirvió el vodka, miró interrogante a Demeurett, y a una seña de éste se retiró. Mientras tanto, había pasado el tiempo suficiente para que Jacques Demeurett hubiera salido de su vergüenza airada.

—Nos servirán la cena pronto —musitó—. Mientras tanto, si te parece, seguiremos hablando de esta *rendez-vous*…

—Pero sin fanfarronadas amatorias —rió Brigitte—. Bien, vamos a empezar por el principio. ¿Quién eres realmente?

—Jacques Demeurett, agente del Deuxiéme Bureau francés, retirado.

Capítulo VII

Brigitte se quedó mirándole por encima del vaso de vodka.

—¿Del Deuxiéme Bureau? ¿De veras?

—Absolutamente de veras.

—¿Y por qué estás retirado?

—Tengo ya casi sesenta años —torció el gesto Jacques—. No me parece edad conveniente para insistir en una profesión como la nuestra.

—Entiendo… Pero eso depende de muchas cosas, Jacques. Se puede ser un magnífico espía a esa edad. No de acción, claro… Pero aún se puede rendir mucho en un puesto directivo, como consejero, o algo parecido.

—Sí, lo sé. Lamentablemente, el Deuxiéme bureau no me ha considerado capacitado para eso. Al parecer, mientras se ha tratado de correr peligros más o menos serios, no han tenido inconveniente en utilizarme, Pero deben pensar que no estoy capacitado para labores directivas o de instrucción.

—Si lo que el Deuxiéme Bureau piensa de usted es que no es lo bastante inteligente, Jacques, temo que estoy de acuerdo. Toda esta pantomima que usted ha organizado no me parece brillante, precisamente. Por otra parte, usted…

—Hemos quedado en tutearnos, ¿no? —Gruñó Demeurett.

—Oh, sí, está bien… Pasaré por alto tu edad. De acuerdo. Bien, estábamos en que el Bureau no consideró oportuno proporcionarte un cargo adecuado a la inteligencia que tú crees poseer, y entonces te jubilaron…

—Me jubilé yo. Me retiré. Querían darme un puesto en una oficina miserable…

—Calma. Calma, Jacques. Si estás resentido contra el Deuxiéme Bureau, y piensas que la CIA o yo podemos pagarte servicios en su contra, estás equivocado. Tengo buenos amigos en el Deuxiéme

Bureau y, además, nunca me gustaron los traidores. De modo que si has llamado a Baby para venderla información perjudicial para D. B., no has podido elegir peor contacto.

—Aclaremos esto: me he retirado voluntariamente, y no se trata de perjudicar al Deuxiéme Bureau. Me despedí, conté mis ahorros y me dije que ya estaba harto de climas fríos, así que me vine a vivir aquí, a Dominica. Compré esta casa, vivo bien y no tengo resentimientos importantes contra nadie.

—Magnífico. Así, es muy posible que lleguemos a un acuerdo. ¿De qué se trata?

Demeurett encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

—¿Has oído cosas sobre Cótafricaine, supongo?

Brigitte ladeó la cabeza, entorno los ojos…

—Es un país pequeño, de población exclusivamente negra, en la costa de África, en el Atlántico, casi juste en el ecuador. Imagino que te estás refiriendo al mismo país, el del rey loco.

—Sí. Así es. Boroko, el Rey Loco, lo llaman. ¿Qué sabes de él?

—¿Del país o de Boroko?

—De ambos.

—Según entiendo, hace unas semanas la población se rebeló contra su loco rey, lo hicieron pedazos, y ahora Cótafricaine es un país pequeño, miserable… y tranquilo.

—Yo estuve algunas veces en Cótafricaine, cuando todavía trabajaba en el Bureau —musitó Jacques—. Eso te dará una idea de la… estima en que me tenían en el servicio. Siempre tenía a mi cargo los casos menos agradables y más insignificantes. Pero algo bueno tenía que salir de todo esto, Baby. Como bien sabes, Cótafricaine fue colonia francesa y de ahí el interés del Deuxiéme Bureau por ese país. Los asuntos de espionaje casi corrieron a mi cargo exclusivamente… No saqué nada en claro ni tuve beneficio alguno, pero, entre otras cosas, conocí a Boroko, el Rey Loco. Digamos que nos hicimos considerablemente amigos. Cuando yo decidí retirarme, Boroko protestó ante el Deuxiéme Bureau, pero le contestaron que *monsieur* Demeurett estaba vivo, sabiamente retirado, gozando de perfecta salud… Al parecer, Boroko insistió tanto que consiguió saber dónde estoy viviendo yo… Pues bien, está aquí, en esta casa.

—¿Quién? —se sorprendió Baby—. ¿Boroko?

—Sí.

—Pero… dijeron que había muerto…

—Está vivo. Un poco… maltrecho, pero vivo. Consiguió escapar de Cótafricaine, con su hermana Omidia. Los dos están aquí, escondidos…

—¿En el sitio donde tienes instaladas las pantallas receptoras de televisión y demás?

—Sí.

—Bien… ¿Qué lugar es ese? Si has llegado en coche supongo que es porque está algo lejos de la Casa…

—No. Está muy cerca. Pero lo tenía todo preparado para simular que llegaba de Roseau. Salí del escondite, fui a donde me esperaban los criados con el coche y vinimos abiertamente.

—¿Por qué toda esta farsa, Jacques?

—Queríamos estar seguros de que eras Baby. La CIA podía haber enviado a cualquiera otra de sus agentes y nosotros sólo queríamos tratar con la auténtica Baby; contigo.

—Puede que yo no sea la auténtica Baby, Jacques.

—Absurdo —sonrió éste—. Como tú bien has dicho, la farsa ha tenido un objetivo. Si no hubieses sido Baby, no habrías resistido aquí ni unas horas: la grabación terrorífica, el jaguar, el muñeco que habla y que aparece y desaparece, el hombre-leopardo…

—Un momento. Eso no fue una farsa, Jacques: el hombre murió.

—Lamentablemente. Lo enviamos solamente para asustarte al máximo, y según parece él lo hizo tan bien que no tuviste más remedio que matarlo.

—¿Arriesgaste de ese modo la vida de un amigo tuyo sólo para saber si yo era la peligrosa agente Baby?

—Él sólo tenía que asustarte lo suficiente para que si no eras Baby escapases a toda prisa, por fin, aterrada. Falló. Todos lo lamentamos, te lo aseguro. Si no hubieses sido Baby, estarías ahora lejos de aquí, sin daño alguno, y él estaría vivo. Pero le advertimos que si lo eras tenía que escapar en cuanto comprendiese que le plantabas cara, pues era inevitable que le vencieses, de un modo u otro. Al parecer, él no quería aceptar eso.

Brigitte contemplaba sombríamente a Demeurett.

—¿Y la tontería de los versos? —susurró.

—Los versos, el… *rendez-vous*, como tú dices, fue una idea mía

para picar la curiosidad de Baby, especialmente con el último, en el que amenazaba matar a muchas personas si no te veía. Sabía que esto haría entrar en acción a Baby, porque mentalmente creo conocerte muy bien: en el Deuxiéme Bureau tenemos tu ficha, y pude examinarla más de una vez. Uno de nuestros jefes, si bien se ha negado siempre a revelar tu auténtico nombre o a proporcionar fotografías tuyas, te describió muy bien en tu actitud vital, de modo que yo sabía que Baby tendría que acudir a la cita. Pero, como al mismo tiempo, nuestro jefe del Deuxiéme Bureau detalla en su descripción no física sobre ti que eres la mujer más astuta y peligrosa del mundo, tuve que tomar mis precauciones para asegurarme de que la mujer que acudía a la cita era la auténtica Baby. Por eso, he intentado por todos los medios asustarte, sorprenderte, desconcertarte…

—Ha muerto un hombre en esto, Jacques.

—Insisto en que lo lamento. Todos lo lamentamos mucho. Ya debimos quizá parar el juego entonces, pero pensamos que unos cuantos disparos por la mañana, desde los árboles, y alguna situación más, desconcertante o peligrosa, podía definirte ya sin duda alguna como la auténtica Baby…

—Todo esto, permíteme decirlo, ha sido una estupidez —dijo secamente Brigitte—. Pero ya está hecho. Fin. Y ahora, terminemos: ¿qué quieres de mí?

—La idea fue de Omidia, la hermana de Boroko.

—No la conozco. A Boroko, sí, pues le he visto en fotografía varias veces. Incluso he leído en la Central informes sobre él que no me han gustado nada. Aún no estoy segura de si era… si es un loco o un sádico.

—Ni una cosa ni otra: es un incomprendido.

Brigitte soltó una risita irónica.

—¿Un qué? —exclamó.

—Un incomprendido. Su pueblo no ha sabido comprenderle. Pero él quiere volver.

—¿Boroko quiere regresar a Cótafricaine?

—Sí.

—¿Como rey?

—Sí.

—¿Y contáis conmigo para eso? —Se pasmó Baby.

—La idea, como te digo, fue de Omidia. Ella sí te conoce a ti… De oídas, se entiende, claro. Admito que la idea inicial fue de ella, al mencionarte diciendo que si tú hubieses estado de parte de Boroko, él seguiría reinando en Cótafricaine… Entonces, yo empecé a pensar…

—A cualquier cosa llaman pensar —desdeñó la divina—. Creo que todos estáis locos, Jacques. Yo sola no puedo hacer nada por Boroko. Tendríais que haber acudido directamente a la CIA, no a mí.

—Pensamos eso. Pero la CIA ya rechazó ayudar a Boroko la vez anterior. Por otra parte, los enemigos de Boroko saben que él está en la isla Dominica y la tienen vigilada. Naturalmente, no han hecho pública en Cótafricaine la noticia de que Boroko está vivo todavía… porque piensan matarlo en cuanto aparezca. Por eso lo tengo hace varias semanas en mi escondite. Si salimos sin ayuda, nos matarán a todos. Si llamábamos a la CIA, no nos habrían hecho el menor caso, y hasta temíamos que informaran a los de Cótafricaine de que Boroko estaba en tal sitio exactamente. Tú eres diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te digo que estás muy bien descrita en los ficheros del Deuxiéme Bureau: sé que nunca harás nada que no sea justo.

—¿Y crees que es justo que yo facilite a Boroko la vuelta a Cótafricaine?

—Sí. Vas a conocerlo pronto… No está loco, ni es sádico. Quiero que hables con él, y entonces, tú decidirás Está es nuestra oferta, Baby: habla con Boroko, ayúdalo a llegar a Washington, convence a la CIA para que le coloque de nuevo en el trono de Cótafricaine… y podréis disponer de todas las bases que queráis en la costa africana del Atlántico. Aparte, dispondréis de un servicio africano de información sobre todo el continente…

—Me parece una propuesta magnífica —musitó Brigitte—. ¿Qué ganas tú en todo esto?

—Yo sería el jefe del servicio secreto de Cótafricaine, que extendería por todo el continente.

—Vamos, Jacques…

—¿No te das cuenta? Solamente utilizaría personal de raza negra, y en pocos años habría organizado una red de espionaje

espléndida en todo el continente. Una red que sería una… especie de filial secreta de la CIA.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Jacques Demeurett. La oferta era de una envergadura tal que de ninguna manera podía permitirse precipitaciones… Ni siquiera podía permitirse una respuesta, esa era la verdad. Bases, una red en todo el continente africano que estaría trabajando para la CIA.

—Temo que no estoy autorizada para darte una respuesta, Jacques. Lo siento.

—Pero has dicho que la propuesta te parece magnífica…

—Así es. Pero, comprende, yo no puedo decidir en un asunto de tal envergadura. Es cierto que en la CIA hago lo que me place, pero hasta cierto punto. En mi opinión, la CIA estudiará con gran interés vuestra oferta… Es todo lo que puedo decirte.

—Bien… Sí, lo comprendo, claro… Pero, ¿nos ayudarás a salir de aquí sin riesgo?

—Si me devuelves mi maletín, puedo utilizar la radio que llevo en él y pedir ayuda. En menos de veinticuatro horas, quince o veinte agente de la CIA podrían estar…

—No, no, no… Eso no. Ya te he dicho que la isla está vigilada. Sería demasiado llamativo… Escucha: si Boroko y Omidia no hubiesen contado con mi escondite, a estas horas ellos y yo estaríamos ya muertos. Los de Cótafricaine se enteraron, no sé cómo, de que estaban en Dominica y enviaron un ejército de hombres dispuestos a terminar de una vez con Boroko; aunque viniesen cien agentes de la CIA, una fuga así sería peligrosa, por excesivamente visible… Tenemos que salir de la isla sin llamar la atención, sin que intervenga nadie más… o no conseguiríamos salir.

—Me parece que estás exagerando, Jacques.

—No. Omidia y Boroko están aterrados, tienen destrozados los nervios de esta larga espera encerrados… pero no querrán salir si no les garantizamos que se harán las cosas de este modo. Ellos confían en ti, solamente en ti. Ha llegado a sus oídos que interviniste en lo de Federación Atlánfrica…

—Estoy pensando —refunfuñó Brigitte—. Cállate unos minutos, por favor.

Demeurett asintió con la cabeza, y se quedó mirando fijamente a la espía… *Caribe* apareció en el salón, la miró, y fue a tenderse a sus

pies, rugiendo placenteramente, relamiéndose los bigotazos. Lanzó un rugidito de niño mimado cuando la espía, sonriendo distraídamente, le rascó una oreja…

—Está Bien —vamos a ver a Boroko y a Omidia.

—¿Aceptas? —exclamó Demeurett.

—Primero quiero hablar con ellos. Luego, te diré lo que decida.

—Está bien… De acuerdo.

Jacques Demeurett se puso en pie y señaló hacia la terraza. Salieron a ella, luego al jardín, y Demeurett caminó hacia un grupito de cocoteros, muy cerca de la piscina. Allí había sido plantado césped de jardín con una profusión y espesura asombrosa, formando una verde alfombra a la sombra de los cocoteros. Antes de inclinarse, Demeurett hizo una seña hacia otro grupo de árboles, y Brigitte miró hacia allí, divisando inmediatamente a los dos hombres blancos que los contemplaban, inmóviles, cada uno con un rifle. Sonriendo secamente, ya que todo estaba teniendo su explicación, la espía dedicó su atención al ex agente del Deuxiéme Bureau, que había apartado la hierba hasta encontrar una anilla metálica, de la cual tiró, alzando un rectángulo de césped y tierra. El francés señaló los travesaños de barras de hierro que llevaban hacia el hueco.

—Cuando gustes.

Puesto que habían podido matarla varias veces, Baby no temió trampa alguna. Bajó por los barrotes de hierro, y Demeurett lo hizo detrás. En cuanto el francés bajó la trampilla, se iluminó aquel lugar. Todo parecía estar bien calculado.

Al llegar abajo, al principio de un estrecho pasillo forrado de ladrillos, la espía internacional sonrió alegremente al ver al guapo mozo que aparecía ante ella, pistola en mano.

—¿Qué tal, Lelé? —saludó.

—Bien —sonrió el rubio personaje—. Le juro que me alegro muchísimo de que haya salido con bien de todo esto, Baby.

—Le creo. ¿Ha sido usted quien ha estado llevando el muñeco de un lado a otro?

—No, no… De eso se encargó el viejo Jean. El que usted descubrió al fin al derribar el sofá. El pobre ha estado pasando mucho miedo, pero tenía que obedecer a Jacques.

—Claro —Brigitte miró a Demeurett—. ¿Seguimos?

—Sí. Estamos debajo de la piscina… Es decir, todavía no, pero mi escondrijo está debajo mismo. Al principio, pensé en construirlo debajo de la casa, pero me pareció demasiado obvio…

—Hay algo que no entiendo, Jacques: ¿acaso teme algo de alguien?

—No —rió el ex espía—. Cosas de espías, querida. Tenía dinero, me aburría… Naturalmente, sé manejar radios, instalaciones de micrófonos… En fin, fui comprando lo necesario en varios viajes a San Juan, y haciendo la instalación.

—¿Sólo para divertirse?

—Llámelo nostalgia, si quiere. No es agradable que a uno lo retiren, por viejo, por inútil…

—Peor es que lo retiren por muerto, Jacques. Usted debió darse por satisfecho al poder retirarse sano y salvo después de varios años de espionaje.

—Escuche, un hombre tiene que tener ocupada su mente, ¿no le parece? Yo leo todos los periódicos, saco mis propias conclusiones sobre todo lo que ocurre en el mundo, y voy formando mi propio archivo… Los rusos envían más barcos al Mediterráneo, por ejemplo. Yo me pregunto por qué, hago informes, saco conclusiones, explico teorías… ¿Alto el fuego entre Egipto e Israel? Muy bien: ¿por qué? ¿Quién y por qué dirige ahora el tinglado bélico en Oriente Medio? ¿Qué espera conseguir cada uno de los participantes directos o indirectos en todo esto? Yo saco mis conclusiones, las anoto, las archivo, obtengo microfilmes… Y así con todo. ¿Qué otra cosa podía hacer, a estas alturas? ¿Interesarme por la filatelia, las flores, la cría de gallinas…? He pasado casi veinticinco años siendo espía… Prácticamente, desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial… ¡No sé hacer otra cosa! Y ahora… Ahora tengo una oportunidad como no la tuve nunca, ni en mis mejores años de juventud… Puedo ser el jefe de una red de espionaje en todo el continente, ser un personaje importante para la CIA, volver a la actividad… ¡No estoy acabado todavía!

Brigitte le estaba mirando de un modo extraño, como perpleja, desconcertada.

—Lo celebro —musitó.

Demeurett asintió enérgicamente con la cabeza, como aprobando la más grande idea jamás concebida por hombre alguno.

Se puso el primero para seguir pasillo adelante, mientras Brigitte miraba a Lelé, quien a su vez contemplaba expectante a la espía. Con una expresión interrogante en los ojos, Baby se llevó un dedito a la sien y lo movió significativamente. Lelé comprendió el gesto en demanda de información sobre la aparente locura de Demeurett, pero se encogió de hombros y desvió la mirada.

Capítulo VIII

Cuando entraron en el cuarto donde había dos pantallas de televisión, una radioemisora, archivos metálicos, laboratorio fotográfico, armas, micrófono y varias cosas más, una negra se puso en pie, fija su mirada en Brigitte.

Una negra enorme, hermosa, de grandes ojos, cuerpo sólido, pero aún esbelto debido quizá a su gran estatura. Junto a ella, sentado en un sillón de mimbre, un negro colosal, de gran cabeza pelada, en la cual destacaban numerosas cicatrices de color rosado, como heridas todavía sangrantes. Tras unos segundos de contemplar fijamente a Brigitte, el negro desvió la mirada hacia Demeurett.

—¿Seguro que es ella, Jacques? —preguntó en francés.

—Seguro, majestad. Ya deben haber oído todo por…

—Sí, sí, sí… Y lo hemos visto todo. ¿Qué es lo que quiere usted hablar conmigo? —Miró a Brigitte—. ¿Hay algo que aún no está lo bastante claro?

—Para mí, hay muchas cosas que no están claras —replicó amablemente Brigitte—. Pero es posible que puedan ser aclaradas.

—¿Qué cosas?

—Se decía de usted que era un sádico criminal.

—Ah. ¿Y qué quería que dijeran mis enemigos? ¿Que iban a asesinarme por noble y generoso? ¿Que preferían ser ellos los que gobernasen en mi país porque yo era demasiado bueno y justo, de modo que ellos no disponían de nuestras riquezas porque yo procuraba repartirlas entre mi pueblo? ¿Cree que podían decir eso?

—¿De qué riquezas está usted hablando? En Cótafricaine no hay grandes cosas que repartir, Boroko.

—¿Eso piensa? Bien, yo la convenceré de lo contrario, Baby.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Quiero que sepa que la CIA no quiso ayudarme antes, seguramente porque mi país no interesa lo más mínimo a

Estados Unidos. Es pobre, pequeño, insignificante políticamente… Mi hermana dice que usted sí querrá ayudarnos.

Brigitte dirigió una mirada a la silenciosa Omidia.

—Si tienen razón, les ayudaré… ¿Qué le ha pasado en la cabeza?

—¿Las cicatrices? Es lo que queda de los machetazos que me dieron los asesinos que enviaron contra mí.

—Entiendo. Lo que no entiendo son sus palabras anteriores, Boroko. Primero habla de las riquezas de su país, y luego dice que el país es pobre… ¿En qué quedamos?

—El país es pobre… Pero el mar es rico.

—¿En algo más que peces? —sonrió levemente "Baby".

Boroko miró a Omidia, y ésta fue hacia un rincón del pequeño cuarto que tenía por techo el fondo de la piscina. Había allí una vieja maleta, que la negra abrió. De ella sacó una bolsa de piel, se acercó a Brigitte y se la entregó. Brigitte sacudió la bolsa de piel y oyó crujidos como de piedras y, finalmente, la abrió, metió una mano dentro y la sacó… llena de diamantes.

—Hay más de cien mil dólares en diamantes ahí —dijo Boroko.

La espía asintió con la cabeza.

—¿Proceden del mar? —susurró.

—Hay yacimientos que creemos muy buenos en muchos puntos de la costa de Cótafricaine. Yo descubrí personalmente, uno de los yacimientos, y durante algún tiempo, con hombres de mi confianza, estuvimos sacándolos… En secreto, conseguimos una gran cantidad, que enviamos a tallar también en secreto… Esa es una pequeña parte de los que sacamos…, una minúscula parte de los que todavía deben quedar bajo las arenas de nuestra costa. Suponemos que algún movimiento subterráneo de tierras desplazó yacimientos hacia el mar, triturando las rocas de tal modo que prácticamente los diamantes están sueltos bajo el mar.

—Sí, entiendo…

—También habrá entendido ya que todos los hombres que gozaban de mi confianza, no la merecían. Al menos, algunos de ellos.

—Sí, también lo he entendido. Y según parece, ahora, los que quisieron matarle a usted y que están ocupando el poder, quieren esos yacimientos para ellos solos, mientras que usted repartiría

adecuadamente esa riqueza nacional entre el pueblo.

—Sí. Pero no puedo hacerlo sin ocupar de nuevo el trono.

—Ella lo solucionará —dijo Jacques—. Estoy seguro de que podremos salir pronto de aquí…

—Siempre con sus prisas, Demeurett —cortó Boroko—. Calma. No tenemos seguridad de que podamos salir sin riesgo. Y Baby ni siquiera ha aceptado ayudarme.

—Por mi parte —dijo la espía—, podemos partir esta misma noche. Con la avioneta…

—Imposible —dijo Boroko—. Tardaríamos no menos de seis horas en ir y volver.

—¿Cómo? De ir y volver… ¿de dónde?

—De donde Omidia y yo escondimos el resto de los diamantes. Ya le he dicho que esa bolsa sólo contiene una pequeña parte de los que ya están tallados. Hay cien veces esa cantidad en otro lugar.

—¿Me está diciendo que tiene diez millones de dólares escondidos en esta isla? ¿Diez millones… en diamantes?

—Sí. Omidia y yo llegamos aquí con todos los diamantes, los escondimos y vinimos a pedirle ayuda a Demeurett. Omidia quería ir directamente a la CIA, a Estados Unidos, pero no contábamos con medios para abandonar la isla por nuestra cuenta, así que vinimos a pedir ayuda a Jacques.

—Sí, ya sé eso… ¿Por qué no trajeron los diamantes aquí?

—No sabíamos lo que podía pensar o hacer Jacques. Luego, el riesgo comenzó a ser demasiado grande para salir de este lugar, pues Jacques asegura que nos están buscando… Vinimos a Dominica porque hay tantos negros que nadie se fijaría en nosotros, pero, precisamente eso favorece también a los hombres que habrán enviado desde Cótafricaine para… rematarnos. Si salimos, cualquier negro que veamos puede ser nuestro asesino.

—Dadas estas circunstancias, lo sensato sería ir ahora mismo hacia la avioneta de Jacques, y partir hacia San Juan, y de allí a Estados Unidos, olvidando por el momento esos diamantes…

—Eso ya hubiésemos podido, hacerlo sin su ayuda. Pero nosotros no queremos salir de Dominica sin los diamantes. Por eso, y para llevarnos directamente a la CIA para que nos escuchen, pensamos en usted.

—Podemos ir a buscar los diamantes cuando gusten —dijo un

tanto fríamente Baby—. Pero yo no haría eso.

—¿Se considera incapaz de realizar el trabajo? —rió Jacques.

La espía internacional le dirigió una extraña mirada. Durante unos segundos, estuvo contemplándole, en silencio, casi con expresión distraída.

Cuando habló, lo hizo lentamente, fríamente:

—Quiero una lista del material que puedan poner a mi disposición para este asunto: armas, radios, vehículos, personal… Todo. Y la quiero dentro de una hora. Quince minutos después, todos deberán estar listos para partir. Estaré en mi dormitorio.

* * *

Cuando Jacques Demeurett entró en el dormitorio, Baby ya había hecho su equipaje y estaba vestida para la marcha. Tomó sin decir palabra el maletín que le tendía el ex espía francés, lo abrió, examinó su contenido rápidamente y sólo entonces pareció reparar en el papel que Demeurett sostenía. Dejó a un lado su maletín, junto a *Caribe*, que tendido en la cama se limpiaba las tremendas uñas con los dientes, y se sentó en una punta del lecho.

Leyó lo escrito y, durante cinco minutos, como si Jacques Demeurett no estuviese allí, permaneció inmóvil, pensativa.

—Muy bien —dijo de pronto—. Tenemos armas suficientes y tres hombres disponibles, que son los de los rifles y Lelé. Tenemos una avioneta y un coche. Será suficiente. Quiero que todos estén armados y dispuestos a todo… ¿Sí?

—Desde luego. Pero si vamos a pelear… Yo creí que usted solucionaría más… convenientemente el problema.

—Espero que no haya disparos. Sobre todo, si hacen todos las cosas como yo diga.

—La hemos llamado precisamente para eso.

—Muy bien. Veamos… Yo voy a salir dentro de unos minutos, con mi equipaje. Lelé me estará esperando en el coche, y aparentemente, vamos a partir hacia Portsmouth, donde hay aeródromo… Las maletas irán en el asiento de atrás del coche y Lelé al volante… Omidia y Boroko irán dentro del portaequipajes —sonrió divertida—. Es un truco que da resultado. Al menos, a mí.

—No está mal, francamente —admitió Jacques.

—Muy amable. ¡Qué giro tan extraordinario ha dado este *rendez-vous*!, ¿verdad?

—Así es el espionaje —sonrió Demeurett.

—Sí… En efecto, así es el espionaje. Uno nunca sabe cuándo va a amar o cuando va a matar… Bien. Quedamos entonces en que Omidia, Boroko, Lelé y yo nos iremos en el coche, en dirección a Portsmouth. Por supuesto, en el momento oportuno, sacaremos a los dos negros del portamaletas, y ellos nos dirán a dónde tenemos que ir para recoger esa fortuna en diamantes. Una vez la tengamos, yo le llamaré a usted por la radio…

—¿Por qué radio?

—Por la mía, ajustada a la onda de la de usted.

—¿Se refiere a esa pequeña que lleva en el paquete de…?

—Sí. Le aseguro que alcanza mucho más de lo que usted piensa. Con el suplemento, puede alcanzar hasta cincuenta millas… Y no creo que lleguemos tan lejos, porque no existe tal distancia entre los dos puntos más alejados de Dominica… ¿Le ha dicho Boroko dónde están los…?

—¡Qué va a decir! —masculló Jacques—. ¡No se fía más que de usted! Y aun así, no se lo dirá hasta que estén pisando esos malditos diamantes.

—Allá él. Pero eso dificulta las cosas. Bien, yo tengo una brújula en mi maletín, así que, en cuanto tengamos los diamantes, le daré mi situación exacta. Entonces, usted va a la avioneta, y nos encontraremos en el llano que usted me indique para su aterrizaje… En ese punto, Boroko, Omidia y yo subiremos a la avioneta, y, con usted, partiremos hacia Miami. Mientras tanto, Lelé regresará aquí con el coche, y… eso es todo.

—No está mal —dijo de nuevo Demeurett—. Pero yo no lo habría hecho mucho peor. Bien, es tonto discutir ahora, cuando tenemos convencidos a esos negros para emprender al fin el viaje a Estados Unidos. De acuerdo. Se hará como usted ha dicho.

Pues vaya a dar las instrucciones necesarias, y que Omidia y Boroko se coloquen ya en el portamaletas del coche. Bajaré en seguida… Oh, Jacques: ¿puedo llevarme a Jacques? El muñeco…

—Le diré a Lelé que lo ponga en el coche —rió Demeurett—. Supongo que no querrá llevarse también a *Caribe*.

—Lo haría de buena gana, pero «Cicero» se enfadaría si tuviera

allí este bichito… Y mis vecinos del edificio también se molestaran un poco conmigo. Hasta ahora. Ah, Jacques: supongo que no se dejará en tierra a sus dos amigos de los rifles. Si tuviéramos dificultades serían muy útiles.

—¿Quiere llevarlos en el coche?

—No, no… Sería demasiado aparatoso todo, entonces. Pero sí conviene que los lleve usted en la avioneta. Nunca se sabe…

—De acuerdo. Estaré atento a la radio.

—Oh, sí… Dígame qué onda debo poner…

Capítulo IX

—¿Jacques? ¿Me escucha?

—Sí, sí… ¡Adelante!

—Bien. Escuche atentamente mi posición, para que pueda indicarme el lugar donde va a aterrizar usted para recogernos…

Mientras la agente Baby hablaba por la radio con Jacques Demeurett, Lelé y Boroko hundían fuertemente los picos en la tierra con secos impactos que hicieron saltar algunos guijarros. Omidia, junto a ellos, miraba a su alrededor, como temiendo la aparición de alguien. En su mano diestra, una pistola, que oscilaba continuamente en busca del posible enemigo.

Alrededor de ellos, todo era oscuridad. El coche había quedado muy cerca, con todas las luces apagadas. En realidad, habían hecho la mayor parte del viaje hacia el interior de la isla con las luces apagadas, lo cual les había ocasionado más de un sobresalto en cuanto abandonaron la carretera para rodar por estrechos caminos polvorientas y llenos de baches naturales El plan de la espía había dado resultado. Si alguien los estaba vigilando, sólo habría visto que la mujer que había llegado el día anterior con Lelé, emprendía el regreso. Quizá vigilasen a Jacques Demeurett, pero era de esperar que éste se las arreglara, cuanto menos, para llegar a despegar antes de que tuvieran tiempo de impedírselo. Y una vez en el aire, ya no sería fácil detenerlos…

Baby asintió con la cabeza, terminó de escuchar y chascó dos deditos.

—*Okay*, Jacques. Entendido. ¿Cuánto calcula que tardaremos en llegar en coche a ese lugar?

—Algo más de hora y media… Quizá dos horas. Los caminos no son precisamente buenos… Escuche: ¿no habíamos quedado en que nos tutearíamos?

—Es cierto —admitió Baby—. Pero, amigo mío, es usted tan

carcamal que se me hace difícil el tuteo. De todos modos, eso no tiene importancia.

—¿Cómo va ese *rendez-vous* con los diamantes? —rió Jacques.

—Oh, bien… Hasta luego, anciano.

Cerró la radio, la guardó en el maletín y dedicó su atención, durante unos segundos, a Lelé y Boroko que cavaban fuertemente, como si fuese el objetivo de sus vidas. Luego, miró a la silenciosa Omidia que continuaba vigilando. No parecía en absoluto nerviosa ni amedrantada. La negra también la miró a ella, pero permaneció en su extraordinario mutismo. Ni siquiera durante el viaje había pronunciado una sola palabra.

—¿Todo bien? —musitó Brigitte.

Boroko ni siquiera la miró. Lelé sí lo hizo, sonrió crispadamente y continuó calvando el pico en la tierra. Baby deslizó su pistolita en el seno y se alejó unos pasos. La noche era tranquila, silenciosa. No se oía más que los golpes de los picos en la tierra. El cielo estaba lleno de estrellas, brillaba la Luna en cuarto creciente…

De pronto, oyó la exclamación y regresó rápidamente junto a los dos hombres y Omidia. Lelé permanecía erguido, fatigado, nervioso. Boroko se había dejado caer de rodillas y ahora estaba escarbando con las manos, con una furia inaudita… En pocos segundos, de un tirón, sacó el envoltorio de lona, que tiró a un lado. Se puso en pie, sudoroso, jadeante, brillantes los ojos.

—¡Aquí están! —exclamó.

—Veamos si es cierto todo eso —dijo Lelé.

—¡Apártese! —gritó Boroko, colocándose entre el bello y simpático rubio—. ¡No los toque!

—¡Oiga! ¿Qué le pasa? —protestó Lelé—. ¡Estamos todos metidos en lo mismo!, ¿no es así?

—¡Apártese!

—Sólo quiero verlos…

—Calma —dijo Brigitte—. Están comportándose los dos de un modo estúpido.

—¡Nadie tiene que tocar esto! —amenazó Boroko.

—Tómeselo con calma —dijo fríamente Brigitte—. Lelé no pretende nada malo, Boroko. En cuanto a mí, siempre he dicho que los diamantes y cosas así son sólo piedras… Personalmente, prefiero un tomate con sal.

—¿Qué dice? ¿Está loca? ¡Aquí hay…!

—Escuche, Boroko, lo que hay aquí no significa nada especial para nosotros No para mí. Lelé no me parece hombre que dedique su vida a unas cuantas piedras brillantes… ¿Qué me dice de usted?

—¿De mí?

—¡De usted! ¿Qué es lo que le pasa, negro de todos los demonios?

Boroko lanzó un aullido y se abalanzó contra Baby. Ya se sabe: cualquiera puede cometer un error. Afortunadamente para Boroko, la divina espía no llevaba malas intenciones, por el momento. Se limitó a agacharse, recibiendo con los hombros, hacia la espalda, la embestida del gigantesco rey africano, que se volcó encima, manoteando, perdido el equilibrio… Un perfecto, impecable *kata-guruma* de judo, y el colosal negro pasó volando por encima de la espía más peligrosa del mundo, para caer de espaldas en el suelo, recibiendo tal trastazo que se quedó inmóvil, sin aliento, con los ojos desorbitados, la boca abierta, desencajado el rostro…

Omidia lanzó un fiero alarido, blandió la pistola, y se abalanzó contra Brigitte, evidentemente dispuesta a partirle la cabeza.

Solución: *morote* de judo. Esto es: parar la mano armada, no soltarla, girar, asir la ropa de Omidia por el pecho, colocarse de espaldas delante de ella, muy abajo y dar un tirón de brazos.

El batacazo de Omidia fue sensacional, ante los pies de Baby, que se inclinó tranquilamente y recogió la pistola.

—*Mon Dieu*! —rió Lelé—. ¡Esto es formidable! ¡Me gustaría mucho saber hacer cosas como ésa, Baby!

—Pues requiere tiempo, Lelé —sonrió la espía—. Esto es judo. Hay quien cree que para saber judo sólo tiene que aprender unas cuantas llaves, y que es convierte en el amo del mundo. ¿Sabe la verdad?: hay que estar años trabajando, entrenándose y perfeccionando cada gesto de la cabeza, cada movimiento de la mano, del pie, de la cintura… Para conseguir hacer esto que usted ha visto, yo te tenido que… ensayar cada llave no menos de diez mil veces.

—*Mon Dieu! ¡N’est pas posible!*

—Es verídico. Y los campeones japoneses aseguran que una llave de estas no sale realmente bien hasta que se ha repetido cien mil veces.

—¡Oh, vamos…!

—Usted no entiende nada de nada. Es un buen muchacho, eso es todo. ¿Cómo se metió en esto?

—No sé. Me hice amigo de Jacques, él me contrató… ¿Dónde podría yo aprender esas cosas que usted hace?

—Si alguna vez dispone de tiempo y de ganas de complicarse la vida, vaya a Washington… A Langley, concretamente. Preséntese en la Central de la CIA, diga que va de mi parte, y que quiere ser un Simón. Le entenderán.

—Lo pensaré —rió Lelé—. ¿Qué sigue ahora?

—Recoja ese paquete de pedruscos y llévelos al coche.

—*Tout de suite, mademoiselle*! —volvió a reír Lelé.

Cargó con los diamantes y se dirigió hacia el coche…

—Está loca —jadeó en el suelo todavía Boroko—. ¡Puede escaparse en el coche con los diamantes…!

—La llave del contacto la tengo yo —replicó Brigitte—. No me gusta usted, majestad. Ni me gusta su hermana… No me gusta ninguno de ustedes dos.

—Lo siento —murmuró Boroko—. Perdóneme. Llevo mucho tiempo esperando este momento y me parece que todo el mundo tiene que traicionarme… Recibí una muy dura lección sobre fidelidad hace tiempo, en Cótafricaine…

—Está bien. Está bien, Boroko, está bien… Vamos a olvidar esta cuestión de puros nervios. Estamos llegando al final, y les ruego que tengan serenidad Dentro de dos horas como máximo, podemos estar volando hacia Miami. Eso es lo que importa, ¿no?

—Sí… Le pedimos perdón, Baby.

—Vayan hacia el coche, y díganle a Lelé que le espero aquí.

—¿Para qué? Deberíamos salir ya hacia…

—Yo dirijo esto, majestad. Vayan al coche, acomódense allí, y dígale a Lelé que venga.

—Está bien.

Los dos negros fueron hacia el coche, del cual regresaba Lelé poco después. El rubio y hermoso gigante se quedó mirando amablemente a Brigitte.

—¿Y ahora?

—¿Sabe una cosa, Lelé? Estoy… molesta conmigo misma.

—¿Por qué?

—Por haber llamado a Boroko y Omidia negros de todos los demonios.

—Oh… Sólo se lo ha dicho a él. No creo que se lo tenga en cuenta.

—El no, pero a mí me molesta. La verdad es que no tengo nada contra los negros… Igual podía haber dicho ¡blanco de todos los demonios…! ¿Me comprende, Lelé?

—Sí, mujer —volvió a reír el bello ejemplar humano—. Son cosas que se dicen cuando uno está fastidiado. Oiga, ¿qué es lo que quiere de mí ahora?

—Coloque esa tierra en su sitio. No quiero dejar señales de que aquí había algo.

—Pero… ¡Vaya! Oiga, por aquí no pasa nadie nunca, y aunque viesen esto, nosotros vamos a estar a mil millas de aquí, con esas… piedras. No veo la necesidad de…

—Yo le ruego que lo haga, Lelé.

—Pues… Muy bien. No hay más que hablar. A fin de cuentas, a mi manera, estoy ayudando a personas que quieren el beneficio de su prójimo. No cuesta tanto tapar un agujero, a ese precio.

Comenzó a empujar la tierra con los pies. Luego se arrodilló, para usar las manos en tan ingrata labor. Pero lo hacía con buena voluntad y auténticas ganas. Tanto, que Brigitte musitó:

—Lo siento de veras, Lelé.

Y acto seguido, le descargó un tremendo culatazo en la cabeza.

Lelé exhaló un gemido, se crispó, y cayó de bruces sobre la tierra removida. Quedó inmóvil, pero Brigitte se apresuró a colocarle boca arriba, de modo que pudiese respirar con más holgura y, desde luego, en postura más cómoda. Le quitó el cinturón y ató sobre el vientre las manos de Lelé fuertemente. Se incorporó, miró al bello muchacho y movió la cabeza en gesto pesaroso.

—De verdad que lo siento. Pero no puedes imaginarte la gran suerte que acabas de tener, jovencito.

Dio la vuelta y se dirigió al coche. Pasó al asiento delantero y abrió su maletín. En el asiento de atrás, casi invisibles debido a su color, Omidia y Boroko la miraban fijamente.

—¿Y Lelé? —preguntó por fin Boroko.

—Él va a quedarse aquí.

—¿Qué…?

—Es lo mejor que podía ocurrirle, majestad.

—¿Por qué? No entiendo lo que usted quiere decir…

—Yo sí lo entiendo. Y con eso es suficiente, majestad. Bien, creo que no debemos hacer esperar más al buen Jacques…

Capítulo X

Jacques Demeurett miró una vez más su reloj y frunció el ceño.

—Maldita sea… Se están retrasando demasiado.

—Los caminos son malos —recordó André.

—Pero son casi las tres de la mañana… No tardará en amanecer… Esa maldita mujer es capaz de estropearlo todo.

—No parece probable —rió Lucien—. Usted lo ha preparado todo muy bien, señor.

—Eso creo… Pero con personas como esa Baby nunca se puede estar seguro. Es en verdad lista y descarada, Lucien.

—Usted es más listo que ella.

—Hum… No sé. Quizá sí. Creo ser más listo que ella, que Boroko y Omidia juntos, pero… A veces, lo que pierde a una persona inteligente es creer que no hay en el mundo nadie que pueda ser tan inteligente como ella, por lo menos. Esa mujer lleva años sobreviviendo a toda clase de peligros… Y he leído casos suyos afectos al Deuxiéme Bureau verdaderamente escalofriantes, increíbles… Para ser sincero, no las tengo todas conmigo.

—¿Qué puede temer? Todo ha salido bien… bien… Sólo tenemos que esperar a que lleguen, matarlos, y seremos ricos.

—Sí… Sólo eso…

Jacques Demeurett quedó pensativo, casi sombrío. Estaban sentados en el suelo, bajo los árboles que bordeaban el pequeño calvero donde, por medio de la radio, habían quedado en encontrarse con la agente Baby. Donde estaban ellos tres, todo era sombra, pero en el calvero la luz de la luna proporcionaba una iluminación sorprendentemente clara. Junto a ellos, lista para reemprender el vuelo inmediatamente, estaba la avioneta. Por detrás, al otro lado de los árboles, el camino de tierra por el cual tenía que llegar Baby con Boroko, Omidia y Lelé.

—A Lelé matadlo también —dijo de pronto.

—Seguro. Cuantos menos seamos, a más tocaremos —rió Lucien.

—Claro…

De nuevo quedaron silenciosos los tres. Jacques volvió a mirar su reloj de esfera luminosa… ¿Qué podía haber ocurrido para que tardasen tanto en llegar allí? Cualquier contratiempo que…

—Ahí llegan —dijo de pronto André.

Casi en seguida, Jacques oyó el zumbido del motor del coche. Conocía aquel motor tanto que no cabía equivocación.

—Id a hacerlo —dijo, con voz tensa.

Justo entonces, vio las luces del coche, por entre los árboles, describiendo curvas por el polvoriento camino. Sacó la pistola y se fue en pos de André y Lucien, nervioso… No estaría tranquilo hasta que todo hubiese terminado.

El coche se detuvo, las luces se apagaron y, por unos segundos, tanto él como Lucien y André quedaron cegados, pues sus pupilas aún estaban contraídas por la luz de los faros del coche. En pocos segundos, volvieron a adaptarse a la luz de la luna y siguieron caminando hacia el coche, cuyo claxon estaba sonando en aquel momento en clara señal de impaciente llamada. En la oscuridad plateada se oyó la risita de Lucien y su comentario.

—Ya va, ya va…

André también rió, quedamente. Llegaron a pocos metros del coche, que podían ver perfectamente en el camino, entre los árboles.

—Acribilladlos —dijo Jacques Demeurett, tras ellos.

Lucien y Jacques alzaron los rifles de repetición con silenciador, apuntaron un instante, y comenzaron a apretar el gatillo. El parabrisas del coche saltó en miles de diminutos fragmentos que parecían diamantes, brillando a la luz de la luna. En pocos segundos, sesenta balas dejaron al coche y a sus ocupantes convertidos en trizas. Ni un solo cristal quedó entero, la plancha fue perforada en varios sitios, los faros saltaron hechos añicos. Y todo esto, casi silenciosamente… Producía más ruido el coche al ser abollado y perforado que los disparos en sí.

Por fin, los dos asesinos bajaron los rifles, envueltos en humo y se volvieron hacia Demeurett.

—Hecho —dijo André.

—No puede haber quedado vivo ni un microbio —aseguró

Lucien.

—Vamos a verlo —dijo Demeurett.

Con algunas precauciones todavía, fueron hacia el destrozado coche. Lucien fue quien se aseguro de que no quedaba nadie con vida allí y llamó con una seña a Demeurett que se acercó presuroso.

Miró al interior y respingó al ver ante el volante el destrozado cuerpo de Boroko, salpicado de sangre en veinte sitios diferentes. Junto a él, caída de lado, con los hermosos ojos terriblemente abiertos, estaba Omidia… que ya jamás podría molestarse en pronunciar una sola palabra.

No había nadie más en el coche.

—Pero… eran cuatro, ¿no? —musitó André.

—No me sorprendería nada que Boroko hubiese matado a Lelé y a Baby, y que los hubiese dejado por ahí —dijo Lucien—. ¿Qué piensa usted, señor?

—Pon otro peine en el rifle —susurró Jacques.

Lucien le miró un poco sorprendido, pero obedeció. Metió la carga de balas y miró expectante a Demeurett, que le hizo una seña y lo atrajo hacia la parte posterior del coche, quedando ante el portamaletas.

—Es usted muy lista, Baby —masculló—. Pero siempre hay en este puerco mundo alguien más listo… Lucien: descarga tu rifle contra el portamaletas.

El compinche asintió, se alejó unos pasos y comenzó a disparar. En siete u ocho segundos, treinta balas perforaron la plancha metálica llegando hasta el interior del coche que, como suele decirse, estaba convertido en un colador.

—Abre ahí —ordenó Jacques a André.

Éste fue a por las llaves de contacto y, utilizando una de las que pendían de la anilla, abrió el portamaletas. Jacques Demeurett se apresuró a mirar, pero en seguida un gesto de decepción apareció en su rostro: allí no había nadie.

Pero sí el envoltorio de los diamantes, destrozados por las balas, de tal modo, que los diamantes por valor de diez millones de dólares estaban esparcidos por el piso del coche.

—Maldita sea —jadeó Demeurett.

—Tenemos algunos sacos en la avioneta —dijo André—. Iré a buscar un par, señor.

—Está bien. Hay que meter estos diamantes en los sacos cuanto antes, y marcharnos de aquí.

André emprendió el camino a través de los árboles hacia donde estaba la avioneta. Jacques Demeurett permanecía inmóvil, contemplando ávidamente los diamantes, metiendo las manos en ellos finalmente, con gesto de codicia.

—Je, je —rió—. ¡Je, je, je! ¡Acabado! ¡Decían que estaba acabado! ¡Y me he burlado nada menos que de la agente Baby!

—No parece que haya sido tan peligrosa —sonrió Lucien—. Boroko y su hermana la habrán matado, no cabe duda.

—Es una lástima —dijo Jacques—. Una verdadera lástima, porque me habría gustado tenerla conmigo unos minutos antes de matarla yo mismo, para decirle que me he burlado de todos… ¡De todos! Diez millones de dólares.

—Es una buena cantidad —convino Lucien.

—Pero, en el fondo, dadas las circunstancias, es lo que menos me importa… Es algo que quizá tú no puedas entender, Lucien. Tengo casi sesenta años, se me ha considerado un inútil… Incluso el maldito Boroko lo consideró así, y por eso no quiso confiarse a mi única ayuda para salir de Dominica. Pero yo quería que ellos viesen la posibilidad de escapar del cerco, y por eso accedí a llamar a Baby, ya que Omidia insistía tanto… Éste ha sido un juego de listo a listo, sí…

—Y usted ha sido el más listo.

—Eso parece. La única que ha obrado de buena fe ha sido precisamente Baby. Boroko y Omidia le mintieron descaradamente, ya que no existen diamantes en las playas de Cótafricaine; estos diamantes son parte del Tesoro Nacional de Cótafricaine, con el cual huyeron Boroko y Omidia cuando los patriotas fueron a matarlos…, cosa que se tenían muy merecida. ¡Todo mentira! Estaban explotando al pueblo en su propio beneficio, así que merecían ser ejecutados. Pero se enteraron del complot, robaron todos estos diamantes y escaparon después de una feroz pelea que sostuvieron ambos contra los sublevados… Se les ocurrió venir a pedirme ayuda a mí, no sé cómo consiguieron llegar a Dominica…

—Hay miles de medios.

—Sí… Lo sé. Eso no importa. Cuando supe que Boroko tenía todos los diamantes, de buena gana lo habría matado para

quedarme con ellos, pero pronto comprendí que ni haciéndolos pedazos conseguiría que me dijeran dónde los tenían escondidos. Estuve intentando convencerlos de que no había peligro, de que podían salir, ir a buscar los diamantes y escapar… Pero Omidia tuvo la genial idea, y yo tuve que simular seguirles el juego: ellos querían la máxima seguridad para escapar, y yo quería los diamantes. En definitiva, todos queríamos lo mismo…

—Menos Baby —puntualizó Lucien.

—Ah… Es cierto. Ella no quería diamantes. Ella quería ayudar a quienes tenían razón y necesidad de su ayuda. No podía saber que Boroko y Omidia sólo querían tener la seguridad de que la persona más capacitada del mundo los sacaba de la trampa que era para ellos la isla Dominica y que, una vez a salvo, se habrían limitado a matar a Baby y a mí mismo. Lo único que querían ellos eran los diamantes.

—También usted, ¿no?

—Sí… En principio, sí. Y los tengo, los tengo yo… Pero hay algo que me ha causado mucha satisfacción… Vosotros no sois espías, no habéis sido espías… ¡Jamás podréis comprender lo que significa haber engañado y vencido a Baby!

—Era sólo una mujer…

—¡Sólo una mujer! —rió agudamente Jacques Demeurett—. ¡No sabes lo que dices, Lucien! Omidia sí entendía bien lo que era Baby… Por eso, pese a todos mis esfuerzos, no quiso de ninguna manera ir a buscar los diamantes, pues temía que pudieran matarlos… Y hasta es posible que desconfiasen de mí. Sí… Debían desconfiar de mí, porque por más que insistí varias veces, se negaron a ir a buscar los diamantes, a decirme dónde los tenían… Tuvo que venir Baby para que ellos tuvieran la seguridad de que podrían escapar, matar a Baby, a mí, a todos… y cobijarse en cualquier parte del mundo con diez millones de dólares en diamantes, ya sin el temor de estar localizados y cercados, como ocurría aquí, en Dominica… ¡Tuvo que ser Baby quien les diese confianza para salir…, pero he sido yo quien se ha quedado con todo! ¡Yo los he vencido a todos…! ¡A todos! ¡Soy el hombre que ha vencido a la agente Baby, y eso sólo significa que soy el mejor espía del mundo! ¡Volveré a la lucha trabajaré para quien esté dispuesto a darme mejor trato deferencial, pues he vencido a Baby…! ¡Se

acabaron esas tonterías de estar en mi agujero, tomando datos, sacando conclusiones, pero sin poder intervenir…! ¡Se acabó! ¡Volveré a la actividad, seré… el número uno de los espías de todo el mundo…!

—Se está excitando —musitó Lucien—. Y yo de usted, señor Demeurett, me conformaría con los diez millones de dólares.

—Sí… Eso era antes. Pero ahora, soy el espía que ha vencido a Baby… No lo entiendes… ¡No entiendes nada…! ¡Soy el mejor espía del mundo, el mejor espía que jamás…!

—Ahí vuelve André.

—¿Eh…? ¿Qué…?

—André. Vuelve con los sacos.

—Ah, sí… Bien, llenadlos con los diamantes, y llevadlos a la avioneta… Os ayudaré.

André llegó con los sacos y comenzaron a llenarlos entre los tres, De cuando en cuando, Jacques Demeurett emitía una risita que obligaba a Lucien y André a mirarse, entre perplejos e irónicos… El viejo se había vuelto loco, evidentemente…

—¡Cómo la hemos engañado! —rió Demeurett—. ¡Cómo conseguí engañar a la famosísima Baby! ¡La muy estúpida…! ¡Acudir a… a una *rendez-vous* como si fuese una… fiesta entre amigos…! ¡Tiene lo que se merecía! ¿La mejor espía del mundo…? ¡Oh, no! ¡Yo me encargaré de avisar al Deuxiéme Bureau de que Baby no era la espía más…!

—Los sacos ya están llenos —farfulló Lucien, que empezaba a sentirse fastidiado de tanta arrogancia—. ¿Vamos a la avioneta?

—Sí, vamos… ¡Je, je! ¡Con diez millones de dólares voy a convertirme en el rey del espionaje privado, y enseñaré a todos de lo que soy capaz, y de…!

André y Lucien cambiaron una mirada de disgusto, y cada uno cargó con un pesado saco lleno de diamantes, emprendiendo el camino hacia la avioneta, haciendo lo posible por aislar su sistema auditivo de la perorata que iba lanzando Jacques Demeurett tras ellos. Llegaron a la avioneta, metieron dentro los sacos y se volvieron hacia el veterano del Deuxiéme Bureau.

—¿Pilota usted o…?

Plop…

Plop…

Plop. Plop. Plop. Plop.

En realidad, sobraban cuatro balas, pero Jacques Demeurett se sentía eufórico. ¡Todo le había salido tan bien! ¡Todo!

Estuvo unos segundos contemplando los cadáveres de Lucien y André, soltando unas risitas ahogadas, espaciadas.

—¡Cuántos socios! —exclamó, en el colmo de la felicidad, ebrio de admiración hacia sí mismo—. ¡Cuántos socios he tenido…, y ahora no me queda ninguno…!

Apartó a puntapiés los cadáveres de Lucien y André, subió a la avioneta, y se puso a los mandos. ¿Qué quedaba tras él? ¡Nada que le importase! Muertos, muertos, muertos… Al fin y al cabo, eso era lo que había planeado, desde que Boroko y Omidia se presentaron en su villa y le dijeron que podían engañar a la CIA utilizando a Baby para que los sacase de allí…

* * *

Dos horas más tarde, estaba volando por encima de las Islas Vírgenes, a pleno sol ya, bajo un cielo diáfanamente azul, luminoso, espléndido. Debajo de él, el mar, también azul, a trechos verde e incluso en algunos sitios casi de color morado Estaba a muy poca distancia de Puerto Rico.

Pero no pretendía, ni mucho menos, llegar a Puerto Rico con aquel cargamento de diamantes… ¡no! Lo había pensado todo muy bien: sabía el sitio exacto donde tenía que dejar caer los dos sacos con los diamante, de modo que más adelante, volvería a buscarlos… No había que precipitarse. Calma. El buen espía es el que tiene siempre más calma, más serenidad, más tranquilidad de espíritu…

—Buenos días, socio.

Después de estas palabras, Jacques Demeurett oyó un bostezo… Pero igual habría sido que oyese un cañonazo dentro de la avioneta, tan petrificado estaba. Su rostro había perdido todo color y sus ojos, desorbitados, estaban fijos en el mar, como si el mar fuese la cosa más extraordinaria del mundo…

Brigitte apareció por detrás de él, se sentó tranquilamente en el asiento contiguo y lo miró con amabilidad…, pero apuntándole a la cabeza con su pistolita.

—¡Auoauuu…! —Volvió a bostezar—. ¿Estamos llegando ya a

Puerto Rico?

Jacques Demeurett pudo tragar saliva al fin, pero le resultó del todo imposible hablar.

—¿Sabes, socio? —le sonrió la divina espía—. Pensé que era una tontería matarte en Dominica, pues podías traerme hasta aquí mientras yo descansaba. He dormido un par de horas estupendas ahí atrás, entre los sacos llenos de diamantes… Un poco dura la cama, eso sí, pero vaya… ¡he pasado noches peores!

—No… no es posible que… que usted… esté aquí…

—¡Claro que es posible! Llegué en el coche, con Boroko y Omidia dormidos bajo los efectos de cierto gas del cual siempre voy provista. Y como ya había comprendido que ellos no eran gente de fiar y tú menos todavía, salí del coche y os dejé a solas… a ver qué pasaba. Querido: eres muy malo. Muy, muy malo. Y ellos también eran muy malos, así que tuvieron lo que merecían. ¿Sabes qué pasará ahora? Te lo voy a decir: por la radio de la avioneta, o quizá por la mía del maletín, llamaré a la CIA de San Juan de Puerto Rico, les diré que salgan al mar con una lancha y equipos de hombre-rana y les tiraré los diamantes. Ellos los recogerán del fondo y, siguiendo mis indicaciones, los llevarán a un lugar desde el cual, lo más pronto posible, con saludos de la agente Baby, esos diamantes sean lanzados en paracaídas sobre la Casa de Gobierno de Cótafricaine, ya que, como te estuve escuchando antes de venir a subirme a la avioneta, sé muy bien cómo empezó este asunto… ¿Qué te parece? ¿Soy o no soy justa, querido?

—Usted… Usted…

—Oh, vamos, Jacques, mi amor… ¿No quedamos en que teníamos que tutearnos? ¡Pero si he traído el muñeco, como recuerdo de esta fácil aventura…! Vamos, vamos, querido, tutéame…

—Tú… tú estás muerta…

—Yo diría que no. Pero, claro, si te tranquiliza creer que estoy muerta, por mí no hay inconveniente. Ah-ah… ¡Estupendo! Yo diría que estamos divisando Puerto Rico. Aquí nos despedimos, amor. La *rendez-vous* ha terminado…

—No… no comprendo… No comprendo qué… qué quieres… decir…

—¿No? Vaya… ¿Cómo podría decírtelo para que me

entendieses, querido carcamal, espía fantástico? Porque, claro, tú eres el mejor espía del mundo, ¿verdad? Claro: mejor que yo, mejor que «Ghost», que «Alexandria», que Nathan, que Hadaway… Y así, etcétera, hasta llegar al mismísimo Número Uno. Por supuesto, Número Uno es un desgraciado a tu lado, ¿verdad?

—Escucha, podemos…

—¡Ya sé cómo te diré las cosas para que me entiendas…! Te haré unos versos. ¡Qué magnífica idea! Vamos a ver, vamos a ver… ¿Qué te parecen éstos?

Como ves, no estoy muerta todavía,
de donde se desprende…, socio,
que no ha sido buen negocio
tu rendez-vous *a esta espía…*

Plof.

Plof.

Después de los dos disparos, Baby apartó el cadáver de Jacques de delante de los mandos, con escalofriante indiferencia. Se hizo dueña de la ruta, esperó unos minutos más, y luego fue manipulando en la radio hasta conseguir la onda deseada.

—Atención… Baby llamando a CIA en Puerto Rico… Por favor, queridos, atención: Baby llamando a CIA en Puerto Rico…

Este es el final

—¡Vaya! —exclamó al final de la explicación Minello—. ¿Y qué habrías hecho si este sujeto hubiera sido de verdad?

Brigitte alzó las cejas, como sorprendida por aquella pregunta que, al parecer, no se le había ocurrido formularse ella misma.

—¿Si hubiera sido de verdad? —musitó.

—¡Claro! Imagínate que en vez de ser un monigote, te encuentras en aquella villa a un hombre de carne y hueso, dispuesto a tener su… *rendez-vous* contigo… ¿También lo habrías admitido en el lecho contigo?

—Vaya, Frankie, eres cada día más grosero: esas preguntas no las hace un caballero.

—¿Qué caballero? —Miró Minello a todos lados.

Brigitte se echó a reír. En aquel momento, apareció Peggy, al parecer dispuesta a anunciar a alguien pero la inmediata presencia de Charles Alan Pitzer hizo innecesario todo anuncio.

—Desde luego, hijita —entró mascullando—, lo que consiga usted no lo consigue nadie. ¡Ya está hecho!

—¿Han tirado ya los diamantes sobre la Casa de Gobierno de Cótafricaine?

—Así es. Esperemos que hagan buen uso de ellos.

—Más les vale —sonrió la divina, de aquel modo tan especial que producía un poco de frío—. ¿Qué le parece mi enamorado, tío Charlie?

Pitzer dirigió una hosca mirada al muñeco llamado Jacques, miró de reojo a Minello, y decidió fulminarle.

—Francamente, es más atractivo el muñeco de su derecha que el de su izquierda. De todos modos, si yo fuese mujer, y conociese a un sujeto llamado Número Uno, no querría saber nada con muñecos. Y al decir muñecos —miró a Minello fijamente— quiero decir muchas clases de muñecos.

—¡Oiga! —Se encrespó Frank Minello—. ¡Aquí, el más muñeco de todos es usted, tío calvo, ojos de salamandra, barriga de buitre, pies de camello…!

—Por favor —pidió Brigitte, riendo, bellísima como nunca, es decir, como siempre—. Caballeros, haya paz: Y tú. Peggy, por favor, querida, llévate a este monigote de aquí, y tíralo a donde no lo vea más. Tío Charlie tiene razón: habiendo hombres… ¿por qué acudir a *rendez-vous* con muñecos? ¡Se lo pasa una tan aburrido…!

FIN